

Agosto 24/71

PIO IX.

HISTORIA DOCUMENTADA DE SU VIDA

Y DE LOS VEINTE Y CINCO PRIMEROS AÑOS DE SU GLORIOSO PONTIFICADO,

con un razonado juicio de los acontecimientos religiosos, políticos y sociales
de la época,

RELACIONADOS CON EL CATOLICISMO,

Y UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS TRES SITUACIONES DEL MUNDO,
CORRESPONDIENTES AL NACIMIENTO DE ESTE GRAN PONTÍFICE, Á SU ELEVACION Á LA SEDE
ROMANA
Y Á LA INVASION DE LA CAPITAL DE LA CRISTIANDAD.

OBRA ESCRITA

POR LOS REVERENDOS

D. EDUARDO MARIA VILARRASA,

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion de Nuestra Señora
en Barcelona,

Y

D. EMILIO MORENO CEBADA,

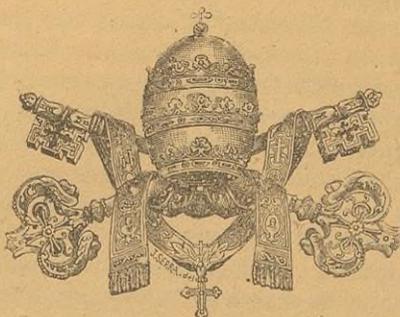
doctor en sagrada Teología:

AMBOS EXAMINADORES SINODALES DE VARIAS DIÓCESIS, Y AUTORES DE ALGUNAS OBRAS
RELIGIOSAS Y CIENTÍFICAS.

ESPLÉNDIDA EDICION

ILUSTRADA CON PRECIOSAS LÁMINAS GRAVADAS SOBRE BOJ

REPRESENTANDO LOS ASUNTOS TRATADOS EN LA OBRA.



BARCELONA:

IMPRENTA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA

DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

CALLE DE ROBADOR, N.º 24 Y 26.

1871.

Entregas 19 y 20.

L47
2857

HISTORIA DOCUMENTAL DE LA VIDA
Y DE LOS VIENTOS Y CINCO PRIMEROS AÑOS DE BUENOS AIRES CONTIGUO

DEL VENTILADOR CON EL PATRIOTISMO

B. EDUARDO MARIÁ VILARABA

DE EMILIO MONTEIRO

LA MARIQUITA
IMPRESA Y LIBRERIA RELIGIOSA Y CLERICAL
CALLE PASADIZO DE SAN CARLOS 110



en que escribimos ha expiado ya en parte su indiferencia para el bien y su actividad para el mal. ¿No habrá iluminado todavía aquellas inteligencias afeeminadas la luz del petróleo?... La Gran Bretaña, la opresora de la Irlanda, tenía bastante ocupacion con atender á hacer próspero su comercio, á arruinar toda industria que no fuese inglesa, y á promover guerras de las que pudiera sacar alguna utilidad. Aquella nacion egoista, que deja morir de hambre á sus pobres, y que llegó un dia á proscribir la mendicidad, ¿habia de parar mientes en las desgracias de la pobre Irlanda? Verdad es que, como antes dijimos, el Gobierno británico habia enviado un socorro, una limosna, á aquel desgraciado país, pero fue debido á los esfuerzos hechos por la Reina. Despues no volvió á preocuparse de este asunto. La ciudad que soberbia se levanta á orillas del Támesis no quiere mas prosperidad que la propia; porque no es ya aquella isla de los santos donde la caridad tenia su asiento, desde que desechando la fe católica se echó en brazos de la malhadada reforma protestante. Roma, en medio de sus desgracias, pues se hallaba sufriendo una revolucion que llegó á producir fatales consecuencias, fue la que supo derramar la caridad cristiana, esa fuente de consuelo, sobre el pueblo afligido, porque el trono de Roma estaba ocupado por un Pontífice justo, por un digno sucesor de Pedro, vicario del Dios-Hombre, cuya inmensa caridad le hizo sacrificarse por la humanidad en el ara de la cruz.

Á Roma tan solo estaba reservado el compadecerse de la desgraciada Irlanda; Roma es la que levantando su voz hace que en su favor se interesen todas las naciones del antiguo y del nuevo mundo.

Hemos indicado que cuando el Sumo Pontífice habla, su voz resuena hasta los últimos confines de la tierra, y esta voz nunca es estéril, porque en todas partes existen católicos de corazon para los que una insinuacion del representante de Dios sobre la tierra es un mandato que se apresuran á obedecer. ¿Qué sucedió en Francia, en esa Francia de cuya marcha y costumbres nos hemos lamentado mas arriba? En el pueblo de san Luis, á través de su desmoralizacion de nadie desconocida, existen aun almas cristianas y generosas que no han participado de la general corrupcion; hay una prensa dispuesta siempre á defender los fueros de la justicia con los principios religiosos, y escritores de sanas ideas que luchan en buena lid con esa otra prensa escéptica, cuya mision es sembrar la duda y trastornar el órden social. El Episcopado francés, que pocos meses antes habia merecido grandes elogios por parte de Pro IX en ocasion de crear cuatro cardenales, que fueron los Emos. José Bofondi, Santiago Antonelli, Pedro Giraud y Santiago Dupont, los dos últimos franceses, escuchó con entusiasmo la voz del Santo Padre. Con placer consignamos aquí las palabras del Jefe supremo de la Iglesia al ocuparse del Episcopado de aquella nacion: «Al condecorar con la sagrada púrpura, decia en «la alocucion pronunciada en aquel consistorio, á estos prelados de Francia, «tenemos la satisfaccion de acceder á los deseos de nuestro carísimo hijo en «Cristo, Luis Felipe, rey cristianísimo de los franceses, el cual nos lo recomendó sobremanera, y nos aseguró, en las cartas que nos escribió, le seria «esto del mayor agrado, para dar á nuestros venerables hermanos los obispos «de esa ínclita y á Nos tan cara nacion, de cuyo número son los que hemos «elevado al cardenalato, un público testimonio del particularísimo afecto que «les profesamos. Nada, en efecto, puede sernos mas grato y placentero que «estrechar con Nos y con esta Silla apostólica á los obispos franceses con un

«vínculo cada vez mas fuerte, con el cual sigan portándose, *como se portan*, «cual esforzados soldados de CRISTO JESÚS, *defendiendo impávidamente con «episcopal constancia, prudencia y paciencia la doctrina; derechos y libertad «de la Iglesia; pues Nos, solícitos sobremanera de la salud eterna de toda la «grey del Señor, en virtud del sublime cargo de nuestro supremo apostola- «do, así como no omitimos el inculcar á todos dén al César lo que es del Cé- «sar, así tampoco cesaremos de levantar nuestra voz con libertad apostólica, á «fn de que todos dén á Dios lo que es de Dios.»*

El Episcopado, pues, que mereció tales elogios de los augustos labios de Pio IX, decíamos que escuchó con entusiasmo la voz del Santo Padre. Inmediatamente abriéronse cuestaciones en todas las diócesis de Francia, y los resultados fueron tales, que pudieron enviarse crecidas sumas á la Irlanda. La Alemania filosófica no ha podido arrancar de su seno el gérmen católico, y antes por el contrario, los fieles hijos de la Iglesia que allí viven rodeados de la cargada atmósfera protestante, hacen esfuerzos porque sea de todos conocido su acendrado catolicismo. Apenas fue conocida la encíclica de Pio IX, los obispos de aquella nacion dirigieron á los fieles un llamamiento de caridad que produjo los mas benéficos resultados. Y hasta al otro lado de los mares el anuncio del caritativo documento de Roma hizo abrir las arcas de las personas opulentas, que se apresuraron á enjugar las lágrimas de aquellos en cuyo favor el Papa tanto se interesaba. En España tardó mas tiempo en darse á conocer la encíclica. En las circunstancias por que atravesaba nuestra patria, y á pesar de las buenas disposiciones que ya se veian en el Gobierno para el arreglo de los negocios eclesiásticos, los obispos tenian atadas aun las manos, y no podian dar curso á ninguna disposicion emanada de la corte pontificia, por benéfica y santa que fuese, sin obtener antes el *pase régio*, que no se alcanzaba sino con mucha dificultad. Sin embargo, la prensa religiosa anunció las calamidades de la Irlanda y el caritativo llamamiento de Pio IX, y la España, siempre hidalga, siempre católica, á pesar de los esfuerzos que para arrancar la fe de los corazones de sus buenos hijos se vienen haciendo de muchos años atrás, se apresuró á socorrer á nuestros hermanos de Irlanda. Esta campaña de caridad tuvo la gloria de iniciarla la *Revista católica* de Barcelona, excelente publicacion que desde su fundacion viene haciendo la mas heroica defensa de los intereses católicos. Á la primera indicacion que hizo á sus lectores recaudó una suma de 4,000 reales, que si bien era cantidad insignificante para socorrer á una nacion afligida por el azote del hambre, entró á engrosar los socorros que de todas partes se enviaban.

Pio IX, promovedor de estas caritativas cuestaciones, á mas de otros socorros que ya habia hecho entregar á la comision establecida en Roma para recibir los donativos en favor de los irlandeses, abonó de su bolsillo 1,000 escudos romanos. La dicha comision quiso dar las gracias personalmente en nombre de los socorridos al Padre Santo, y tuvo el honor de ser admitida en audiencia particular. Estaba representada por Mr. Harford, presidente; el Dr. Cullen, presidente del colegio irlandés, y Mr. Kirby, vicepresidente. Hé aquí las palabras que Mr. Harford dirigió á Su Santidad: «Tenemos el honor «de presentarnos á Vuestra Santidad como miembros de la comision estable- «cida en Roma con el objeto de recoger suscripciones destinadas á socorrer «una gran parte de nuestros compatriotas irlandeses, actualmente afligidos «por la cruel calamidad del hambre; y nosotros deseáramos expresar á Vues-

«tra Santidad nuestro vivo reconocimiento por la manera benévola y espon-
«tánea con que Vuestra Santidad nos ha dado á conocer su generosa intencion
«de contribuir á nuestra obra con un donativo de 1,000 escudos. Rogamos por
«lo tanto á Vuestra Santidad que nos permita expresar la conviccion en que
«estamos que el sentimiento que en este acto anima nuestros corazones será
«profundamente participado, no solo por los ingleses que en la actualidad se
«encuentran en Roma, sino tambien por todos los demás súbditos del imperio
«británico.» El Santo Padre, despues de haber escuchado con la mas viva
emocion estas palabras de Mr. Harford, dió la siguiente afectuosa respuesta:
«Agradezco los sentimientos que acabais de expresarme. Esto es para mí un
«consuelo muy dulce ver á tantas personas caritativas, pertenecientes á to-
«das partes del Reino-Unido, que se dedican á una tan admirable obra de ca-
«ridad, esforzándose para contener los progresos del hambre, y aliviar los
«apuros de sus hermanos de Irlanda. Si yo pudiese disponer de recursos mas
«abundantes, no me hubiera limitado á lo poco que he hecho en favor de una
«causa que tiene todas mis simpatías. Para suplir este defecto, dirigiré fer-
«vientes oraciones al Todopoderoso, para que tenga piedad de su pueblo, ale-
«je de él el llanto, y le dé la paz, la dicha y la abundancia.» Los señores que
componian la comision se retiraron satisfechos, tanto de la benévola acogida
que les habia dispensado el Santo Padre, como del generoso donativo que de
sus augustas manos habian recibido.

Mucho mas podríamos añadir; pero creemos es suficiente lo expuesto para
que se comprenda cuán extraordinario es el celo de Pio IX en favor de la
Iglesia universal.

CAPÍTULO XIII.

PIO IX Y LOS JESUITAS.

DESDE el momento en que Pio IX subió á ocupar el trono pontificio se insistió mucho por parte de ciertos hombres y de cierta prensa en que el nuevo Papa era enemigo de los Jesuitas. No estará de mas digamos por adelantado que en estos últimos tiempos se insiste en afirmar que está supeditado por ellos. Tan calumnioso es el segundo aserto como lo fue el primero. ¿En qué datos se fundaban los que hacian á Pio IX contrario á esa Sociedad de varones eminentes, que tan extraordinarios servicios ha prestado á la Iglesia, á las ciencias y á las artes desde su misma institucion? Decíase que el Papa era liberal, y como el liberalismo es perseguidor acérrimo de los Jesuitas, se sacaba la consecuencia, no solo de que el Pontífice les era contrario, sino que acabaría con ellos. La Compañía de Jesús como instituto no profesa ideas políticas, y se les ha visto vivir en paz tanto con las formas republicanas de Washington en los Estados-Unidos de América como con el absolutismo de otras potencias. Siendo así, y esto es innegable, el odio profesado al instituto de Ignacio de Loyola no trae otro origen que del apoyo que presta á la causa católica en todas partes; apoyo que siempre ha producido los mas opimos frutos, por ser sus individuos, varones eminentes en las ciencias, maestros expertos dotados de la mayor prudencia. Cuando Pio IX regia la diócesis de Espoleto primero, y despues la de Imola, dispensó su proteccion á la Compañía, y al ser exaltado á la silla de san Pedro, los Jesuitas quisieron tributarle un homenaje de agradecimiento y de respeto que fue aceptado por el Pontífice.

El dia 2 de setiembre de 1846 celebraron en el Colegio romano una magnífica academia de poesía, cuyo argumento fue *el triunfo de la clemencia*. La

composicion, obra del P. Antonio Bresciani, estaba dividida en tres partes, celebrándose en todas el triunfo de la clemencia,

- 1.º En el corazon del príncipe.
- 2.º En el corazon de los súbditos.
- 3.º En el corazon de los extraños.

Las lenguas en que se pronunciaron la primera y la segunda parte fueron la griega, la latina y la italiana; y la tercera, la española, la francesa, la alemana y la inglesa, interpretadas inmediatamente en la italiana ó la latina. Los jóvenes del Colegio romano eran los encargados de recitarlas. Terminada cada una de las partes se cantaba con música, á toda orquesta, un himno dedicado el primero á la clemencia, el segundo á la concordia, y á la Religion el tercero. Muchos príncipes de la Iglesia y otros respetables personajes de la nobleza romana honraron esta fiesta literaria, y entre ellos se veian á los Emos. cardenales Polidori, Amat, Falconieri, Mezzofanti, Ferretti y Máximo. El nombre del sumo pontífice Pio IX resonó repetidas veces con entusiastas aplausos, y los colores amarillo y blanco que resaltaban en los adornos del templo, y la alegría que se veia retratada en los semblantes de los Padres, todo demostraba la buena armonía que reinaba entre el Pontífice y la Compañía. ¿Cómo los hijos de Ignacio no han de amar al Papa, si forman sus guardias de corps, como decia con malignidad uno de los hombres mas enemigos de los Jesuitas y de los Papas? En cuanto al amor que Pio IX profesa á la Compañía de Jesús, pudiéramos citar muchos hechos notables que lo demuestran. Mas como quiera que tenemos ante la vista un dilatado campo que recorrer, por lo que no podemos detenernos todo lo que quisiéramos en ciertos y determinados asuntos, nos concretaremos á dos, ambos notables. Uno es el acaecido con el P. Ferrari, primer fundador de un colegio en Perugia. Los liberales de aquella poblacion estaban muy irritados contra este buen religioso. Aquel establecimiento de educacion, donde se habia de enseñar la pura doctrina de la Iglesia, preocupaba extraordinariamente á la propagacion de sus ideas. Un dia en que el P. Ferrari se disponia á montar en la diligencia que salia para Roma, se vió rodeado de liberales que le colmaron de injurias, teniendo uno de ellos la osadía de abofetearle, en tanto que los otros gritaban: ¡Viva Pio IX! ¡Mueran los Jesuitas! El religioso recibió con la mayor resignacion aquella injuria, y sin inmutarse ni contestar palabra entró en la diligencia que debia conducirle á la Ciudad eterna. Llegado que hubo á Roma, el Papa, que le profesaba una cordial amistad, tuvo conocimiento del hecho, y le hizo llamar al Quirinal. Al verle entrar le echó los brazos al cuello, diciendo con la mayor ternura: *El Vicario de JESUCRISTO, para lavar la injuria hecha al P. Ferrari, no puede darle otra satisfaccion mayor que la de estrecharle contra su pecho.* El jesuita, enternecido, imploró el perdon del que le habia ofendido; pero el Papa contestó: *Alabo vuestra caridad; habeis obrado como verdadero discípulo de Jesús; pero ahora me toca á mí obrar como soberano.*

El otro hecho es el siguiente. El célebre y conocido P. Perrone escribió una *Disertacion teológica* sobre el misterio de la Inmaculada Concepcion de María. El Santo Padre, que habia concebido la idea que realizó mas tarde, y que Gregorio XVI tambien lo habia deseado, de declarar como verdad de fe, como dogma católico, la Inmaculada Concepcion de la Madre de Dios, dirigió una carta muy honorífica al sábio jesuita, que por la importancia del asunto vamos á reproducir. Decia así:

«PIO PAPA IX.—Religioso y amado hijo, salud y bendicion apostólica.—
«Nada nos es mas agradable ni deseamos tanto como el ver que por todas partes se aumenta mas y mas el culto, la piedad y veneracion hácia la santa Madre de Dios, tierna Madre de todos, la Inmaculada Virgen María, y oir que mil voces entonan sus alabanzas. De esto puedes inferir, nuestro muy amado hijo, con qué satisfaccion hemos acogido la *Disertacion teológica* sobre la Inmaculada Concepcion de la bienaventurada Virgen María, que tú has escrito en latin, y que, dedicada á Nos, recientemente han publicado todas las prensas de Roma.

«Nos apresurarémos con el mayor placer á leer esta Disertacion en el primer momento de tregua que nos den los importantes y multiplicados trabajos del supremo pontificado que incesantemente nos asedian. Teníamos ya bastantes pruebas de tu piedad y ciencia religiosa: las otras obras que has dado á luz atestiguan las eminentes cualidades de tu espíritu, y demuestran cuánto te distingues particularmente por la erudicion y profundidad de las materias teológicas. Nos admira un tal mérito en un miembro de esa ilustre Sociedad, que justamente se envanece de haber producido tantos hombres célebres por la integridad de vida, por la gloria de su santidad, por su entera consagracion á la religion católica, por todo género de saber, por los eminentes servicios que han prestado á la sociedad cristiana y á la civil.

«Dándote gracias por el regalo que acabas de hacernos, nuestro muy amado hijo, no podemos menos de alentarte vivamente á proseguir en tus trabajos con un ardor siempre creciente, y á aplicar todos tus talentos á la conclusion de esas obras que deben convertirse en utilidad y en honor de la Religion y de las letras. Terminarémos esta carta enviándote, ó amado y religioso hijo, como prenda de nuestra benevolencia, nuestra bendicion apostólica con todos nuestros deseos por tu felicidad.

«Dado en Roma en Santa María la Mayor á los 25 de octubre de 1847, segundo de nuestro pontificado.—PIO PAPA IX.»

En este documento se ven claramente los sentimientos de Pio IX hácia la ilustre Compañía de Jesús, á la que tributa los elogios que se han leído. Esta carta es un solemne mentís á los que han querido presentar al ilustre Pontífice como enemigo de los Jesuitas, pues que vemos que en pocas líneas hace el mas completo elogio del Instituto.

Como verémos al reseñar la historia de la revolucion de Roma, los agitadores se declararon, como siempre sucede, enemigos y perseguidores de los Jesuitas. Mas de una vez el *Gesu* se vió invadido por las turbas, poniendo en peligro la vida de los religiosos. Con este motivo Pio IX publicó la siguiente allocucion:

«PIO PAPA IX.—Romanos, y cuantos seais mis hijos y súbditos pontificios, escuchad todavía la voz de un padre que os ama y que desea veros amados y estimados de todo el mundo. Roma es el centro (*sede*) de la Religion donde siempre tuvieron la residencia los ministros de la misma, que bajo diversas formas constituyen aquella admirable variedad que embellece á la Iglesia de JESUCRISTO. Os invitamos á todos y os inculcamos la respeteis, y no provoquéis jamás el terrible anatema de un Dios indignado que fulminará sus santas venganzas contra los agresores de sus ungidos. No deis un escándalo del que se sorprenderia todo el mundo, y se affigiria y contristaria la mayor parte de los súbditos. No lleveis al colmo la amargura que ya affige al Pon-

tífice por luchas semejantes ocurridas poco há en otras partes. Porque si aun entre los hombres que en cualquier instituto pertenecen á la Iglesia de Dios hubiera quienes por su conducta fueran merecedores de la desestimacion y desconfianza, abierto teneis el camino á las representaciones legales, las cuales, cuando sean justas, Nos como Pontífice Sumo estarémos prontos para recibirlas y proveer. Nos persuadimós de que estas palabras bastarán para hacer volver al buen camino á todos aquellos que (esperamos sean pocos) hubiesen formado algun malévolo proyecto, cuya ejecucion, al paso que traspasaria con el mas vivo dolor nuestro corazon, llamaria sobre su cabeza los azotes que Dios siempre ha descargado sobre los ingratos. Mas, si por la mayor desventura no bastasen estas nuestras voces para contener á los extraviados, trataremos de poner á prueba la fidelidad de la guardia cívica y de todas las fuerzas que tenemos destinadas al mantenimiento del órden público. Tenemos la mas completa confianza de que estas nuestras disposiciones tendrán el mejor éxito, y que en todo el Estado verémos reemplazada la agitacion por la calma, y los sentimientos prácticos de religion que debe profesar un pueblo eminentemente católico del cual tienen derecho las demás naciones á tomar ejemplo.—No queremos contristar nuestro espíritu, ni el corazon de todos los buenos, con la prevision de las resoluciones que nos verémos obligados á tomar para no sufrir el espectáculo de los azotes con que Dios suele sacar de los errores á los pueblos; antes bien esperamos que la bendicion apostólica, que á todos damos, alejará todo funesto presagio.

«Dado en Roma, en Santa María la Mayor, á 14 de marzo de 1848, segundo de nuestro pontificado.»

Nótense estas palabras de la anterior alocucion: *No lleveis al colmo la amargura que ya asige al Pontífice, por hechos semejantes ocurridos poco há en otras partes.* Es indudable que Pro IX se referia á la Suiza. Decíamos al hablar de aquel país en el capítulo IX, que «las pasiones excitadas por el radicalismo hervian; que la atmósfera, cargada de nubarrones siniestros, empezaba á descargar las chispas destructoras sobre la obra de Dios.» Necesitamos extendernos en las noticias sobre aquel país para que se vea con cuánta razon Pro IX se lamentaba de los males que sobre él mismo pesaban.

En honor de la verdad debemos decir que los suizos católicos no han hecho traicion á la causa de la Iglesia, ni han dejado aflojar los vínculos que les unian á sus legítimos pastores, y sobre todo al Pastor universal de todos los fieles de CRISTO. Sabido es que los fundadores de la libertad helvética se hicieron notables por un ardiente celo en favor de la Religion; y este celo y esta fe religiosa se han afirmado y robustecido en los hijos de aquel pueblo cuyas desgracias, como verémos, fueron originadas por los protestantes. Extinguidos se hallaban los odios que habian existido entre ambas comuniones, habiendo sucedido la tranquilidad y la paz á las guerras religiosas que habian dado ocasion á grandes desastres. Sin embargo, y á pesar del Pacto federal del año 1815, en el que, como dijimos, quedó sancionada la mas omnimoda libertad religiosa, al poco tiempo empezó á declararse la guerra á los institutos religiosos. De Berna salieron los *cuerpos francos* compuestos de los hombres mas perdidos, como asimismo la expedicion que vino á establecerse ante los muros de Lucerna. El objeto no era ciertamente hacer á los católicos abdicar de sus creencias imponiéndoles las del protestantismo: lo que se pretendia era destruir el Pacto, y con él la independendencia y la libertad de los canto-

nes suizos, sujetando á los hombres virtuosos y sensatos al capricho de la tiranía de una minoría tan impía como turbulenta. Siendo indudable que los hombres honrados y pacíficos estaban en inmensa mayoría, ¿cómo pudo imponerse sobre ellos una minoría tan audaz? No habia de ser Suiza la excepcion de una regla general. En los dias de revolucion sucede en todas partes que los hombres de sanas ideas, los amantes del orden, los que no pueden ver sin estremecimiento la efusion de sangre, se esconden en el retiro de su hogar, y contentos con elevar una plegaria al cielo, nada hacen por lo comun en defensa de sus propias ideas y para evitar los grandes desastres que traen en pos de sí todas las revoluciones populares: en tanto los revoltosos, los que nada tienen que perder, los que tratan de formar su fortuna por medios los mas reprobados, se lanzan á las calles, empuñan las armas, y aunque sean pocos en número intimidan á las mayorías, y engrosan sus filas con promesas que jamás llegan á tener cumplimiento, atrayendo á ellas á multitud de hombres ignorantes que creen poder entrar en una era de felicidad y de ventura. Ejemplos de esta clase tendríamos ocasion de presentar ante la vista del lector cuando reseñemos la situacion del mundo al verificarse la invasion de la capital del Cristianismo por las tropas del Gobierno subalpino. Séanos, empero, lícito evocar al presente un recuerdo por cierto de triste memoria para los católicos españoles. ¿Hay quien pueda dudar que España es el país católico por excelencia? La inmensa mayoría del pueblo de los Recaredos y Fernandos, de las Teresas y Jimenez de Cisneros, ¿no conserva intacto el depósito de la fe que para dicha nuestra nos trajeron los Pablos y Jacobos? ¿No se ve en todas las clases sociales resplandecer un fervor religioso que sostiene con la mayor esplendidez el culto católico? Pues bien; no hace aun mucho tiempo vimos la piqueta revolucionaria echar por tierra suntuosos templos que eran gloria de la Religion y de las artes, perseguidos y encausados celosísimos prelados que no tenian otro delito que haber defendido con valor y denuedo los derechos de Dios y de su Iglesia, é injuriados por todas partes los demás miembros del clero español, tan sufrido en las adversidades como celoso en el cumplimiento de sus deberes. ¿Hubieran sucedido tantos desmanes, se hubieran llevado á cabo hechos tan sacrílegos si los hombres de fe y amantes del orden hubieran hecho una heroica resistencia? Nosotros creemos que en hechos de tal naturaleza cabrá su parte de responsabilidad á los que por apatía, temor ú otras causas pudiendo en parte evitarlos no lo hicieron.

Fijándonos de nuevo en los asuntos de la Suiza, que llenaron de amargura el bondadoso corazon de Pio IX, dirémos que no solamente los católicos, sino aun los protestantes juiciosos, si bien atemorizados, no dejaron de hacer sus reclamaciones cuando en 1841 se llevó á cabo la inícuca supresion de los conventos de Argovia, porque comprendian que tras aquella violacion de uno de los artículos del Pacto federal se violarian todos los demás, quedando completamente destrozada la ley fundamental. Desde la época á que nos referimos habian quedado lastimosamente atropellados los intereses de los católicos. En vano se reclamaba la proteccion de la Dieta contra las disposiciones del Gobierno cantonal, en virtud de las cuales, al paso que se arruinaban unos monasterios, se condenaba á morir de consuncion á otras comunidades religiosas prohibiéndoles el admitir novicios.

Sobre un asunto de tanta importancia los cantones católicos dirigieron á sus confederados una circular, de la que extractamos algunos párrafos,

que revelan los sentimientos de que se hallaban animados los firmantes.

«Los Estados católicos de Lucerna, de Ury, de Schwytz, de Unterwald, «de Zug, de Friburgo y del Valais se han dirigido ya tres veces á sus confederados reclamando el mantenimiento del Pacto federal, el cumplimiento de «lo que es justo con respecto á los establecimientos religiosos, y el restablecimiento de los conventos que han sido suprimidos en el canton de Argovia. «Estas reclamaciones no han sido tomadas en consideracion; por eso las reiteran hoy, y volverán á repetirlas hasta que se les haya hecho justicia.

«El tiempo no borra la injusticia, amados y fieles confederados; y está «esto tan distante, que cada dia se aumenta la gravedad, hasta que es llegada «la hora de la vindicta. No lo dudeis, sonará esta hora para los que han cometido la injusticia, así como para los que han sido cómplices en ella: esta «hora sonará para toda la Confederacion.

«Los hombres de Estado que reorganizaron la Suiza en 1815 juzgaron necesario dar garantías especiales á las instituciones de la Iglesia católica. Des- «pues de los sucesos que habian profundamente trastornado la Europa, estos «hombres cuerdos sabian por experiencia cuán propensa es la codicia revolucionaria á meter su sacrilega mano en el patrimonio de la Iglesia; y trayendo á colacion los antiguos tratados que habian afirmado en nuestra patria «la paz confesional, sancionaron el artículo 12 del Pacto federal. Todos los «confederados juraron unánimemente observar este artículo; porque bien sabian los protestantes que si la injusticia se cebaba algun dia en las corporaciones católicas, tampoco respetaria los establecimientos de su confesion. «Todo el mundo puede ya comprender que no se engañaban entonces los que «tenian esta prevision; pues que el torrente que ha roto los diques en Argovia, se lanza ya en un establecimiento protestante. Si, pues, nosotros venimos á pedir justicia, amados y fieles confederados, es porque deseamos «salvar, no solo las corporaciones de la Iglesia católica, sino tambien las instituciones de la Iglesia reformada, y arrancar la Confederacion del borde del «abismo en que va á sepultarse.

«Abrigamos la esperanza de que se hará justicia á nuestra demanda: bien «querréis vosotros, amados y fieles confederados, restablecer la paz confesional, reparar tamaña injusticia, fijar el Pacto federal en sus verdaderas bases; bien daréis á vuestros diputados las instrucciones convenientes para «votar en la próxima Dieta el restablecimiento de los conventos que fueron «suprimidos en Argovia por decreto de 13 de enero de 1841.»

Como se ve, estos sentimientos no favorecian tan solo á los católicos, sino á los protestantes. Lo extraño es que no empezasen los reformadores por los Jesuitas, como ha sucedido en todas partes, pues estos religiosos son los mas aborrecidos por los revolucionarios, lo que es una verdadera honra para la esclarecida Compañía. Pero no tardaron en emprenderla contra ellos. Los cantones católicos amaban extracordinariamente á los hijos de Ignacio de Loyola por la sólida y cristiana educacion que daban á la juventud y por otros beneficios que dispensaban al país. Por esta causa se negaron resueltamente á que fuesen expulsados, arrojando por su defensa cuanto pudiera acontecer.

Llevada la cuestion á la Dieta, fue objeto de grandes discusiones y debates, recayendo por mayoría de doce votos la resolucion siguiente:

«Considerando la Dieta:

«Que, conforme á los artículos 1.º y 8.º del Pacto, es un deber suyo velar

«por el mantenimiento del orden y seguridad interior de la Confederacion :

«Considerando por otra parte :

«Que la existencia y los manejos ocultos de los Jesuitas son incompatibles
«con el orden y la paz de la Suiza,

«Visto, en fin, y esto es lo mas digno de notarse, que ellos se hallan esta-
«blecidos en Lucerna, uno de los cantones directores;

«Decreta :

«1.º La cuestion de los Jesuitas es de la competencia de la alta Dieta;

«2.º Se invita á los cantones de Lucerna, Schwytz, Friburgo y Valais,
«donde se hallan establecidos los Jesuitas, á que los expulsen de sus territo-
«rios respectivos;

«3.º Se prohíbe en lo sucesivo admitir á los Jesuitas en ninguno de los
«cantones de Suiza.»

En el anterior decreto de la Dieta se ve claramente de cuán mala fe se ha-
llaban, animados los radicales. ¡Que los manejos de los Jesuitas eran incompati-
bles con el mantenimiento del orden y seguridad interior de la Confederacion!
¿Qué desórdenes habian promovido? ¿En qué habian podido comprometer la
paz de la Suiza? Ellos no se dedicaban á otra cosa que á la enseñanza y al
desempeño de las funciones de su ministerio, y allí, como en todas partes, te-
nian por base de su predicacion el precepto de JESUCRISTO: *Dar al César lo
que es del César, y á Dios lo que pertenece á Dios*. El amor á la Religion, el
cumplimiento de sus preceptos y el respeto á las autoridades legítimamente
constituidas es la doctrina que siempre se ha escuchado de los labios y ha
brotado de la pluma de los sábios y virtuosos hijos de Ignacio de Loyola. Pero
sucedió en Suiza como sucede en todas partes, y esto es muy digno de no-
tarse, que á medida que se expulsan á los Jesuitas como agitadores del orden
social, se abren clubs en los cuales se conspira contra el orden de cosas esta-
blecido, se decreta la destruccion de los tronos, y se proyectan formas de cons-
tituciones por lo general contrarias á las ideas de la mayor parte de los ciu-
dadanos. En estos clubs que funcionaban en Suiza se tejieron las mas viles y
calumniosas acusaciones contra los Jesuitas. Hemos visto que la Dieta por su
decreto no manda que los cantones que cita expulsen de sus territorios res-
pectivos á los Jesuitas: lo único que hace es *invitar* á ello. No es, pues, un
mandato, sino un consejo. Á pesar de esto, cuando ven que el consejo no se
ha seguido, proceden á la expulsion por medio de la fuerza. El artículo 3.º del
decreto es un verdadero atentado á la soberanía cantonal. Se prohíbe á los
cantones, ya sean católicos, ya protestantes, el admitir jesuitas en su seno.
¿Y con qué derecho? ¿en virtud de qué ley se procedia de este modo tan in-
justo? ¿No se violaba con este atentado un artículo del Pacto federal? Pero
á los revolucionarios de oficio nada les importa, cuando tratan de conseguir
los fines que se proponen, el conculcar todas las leyes, el pasar por encima
de todos los pactos y tratados, y el obrar las mayores injusticias.

Por esta vez hemos de confesar que los católicos suizos no se mostraron
cobardes, y que antes por el contrario se dispusieron á salir en defensa de los
derechos atropellados. Veian que quedaban en minoría y que en último re-
sultado tendrian que apelar á las armas para resistir la fuerza con la fuerza;
pero estaban convencidos de la justicia de la causa que defendian, y nada era
capaz de arredrarlos.

Preparáronse los católicos suizos á luchar en buena lid, pero no confiados

en sus propias fuerzas, sino en los auxilios de Dios. Dedicáronse por lo tanto ante todo así los eclesiásticos como los seculares, tanto los particulares como las corporaciones, á ejercicios de piedad, repitiendo las rogativas para que se alejase la tempestad que amenazaba á su existencia política y á los institutos religiosos que les eran tan queridos. Los altos juicios de Dios son impenetrables. Á pesar de tantas súplicas, permitió que por esta vez triunfase la injusticia y la mala fe. Verdad es que JESUCRISTO dejó á su Iglesia en herencia los padecimientos y las tribulaciones, que en último resultado sirven para que el mundo conozca su institucion divina, viendo que las mayores tempestades no pueden nunca hacerla sumergir. Seguramente los mas perseguidos entre los ministros de la Iglesia son los que se honran con pertenecer á la Compañía de JESÚS; pero estas persecuciones nos demuestran que esos varones ilustres viven piamente en el cumplimiento de sus deberes; puesto que el Apóstol ha dicho: *Todos los que quieren vivir piamente en JESUCRISTO, padecerán persecucion.* Ellos, despues de una vida laboriosa pasada en beneficio de sus semejantes, encuentran en recompensa por parte de sus conciudadanos afrentas y sinsabores de todo género; pero cada uno de ellos al tocar el término de su carrera, bien en la tranquilidad del lecho, bien en el martirio recibido en las misiones ó bajo el puñal del asesino, puede exclamar con el testimonio de una conciencia tranquila: *He peleado buena batalla, he acabado mi carrera, he guardado mi fe... Me está reservada la corona de la justicia que el Señor justo juez me dará en aquel día; y no solo á mi sino á todos aquellos que aman su venida.* Las grandes y continuas persecuciones experimentadas por la Compañía de JESÚS forman su mas completo panegírico. Por creerlo de grande interés en los tiempos presentes, nos extenderémos sobre este asunto al terminar este capítulo.

En medio de aquellos grandes disturbios de la Suiza el clero no se amilánó, y por el contrario se mantuvo á la altura de su deber, en tanto que los radicales, habiendo obtenido la victoria, dejaron sentir su mano de hierro, ante todo en los establecimientos de los Jesuitas, y despues en todos los demás pertenecientes á la religion y en todos los objetos del culto católico. Hé aquí lo que se escribía por aquellos dias acerca de los actos de despotismo ejercidos por los radicales: «Así que entraron en Friburgo las tropas federales, algunos jacobinos, traidores á su patria y verdugos de sus conciudadanos, se reunieron para elegir un Gobierno provisional. Este puñado de *patriotas* tomaron el nombre de *Asamblea general de ciudadanos friburgueses*, y empezaron á deliberar ellos solos sobre los altos destinos de la patria. En una sola semana este nuevo Gobierno destruyó todo el edificio constitucional de Friburgo; destituyó todos los funcionarios públicos; anuló todos los actos del Gobierno anterior desde el 9 de junio de 1846; declaró á los Jesuitas y sus *afiliados* incompatibles con la seguridad pública, secuestrando sus bienes, y mandándoles salir del territorio del canton en el espacio de cuarenta y ocho horas. Si se pregunta cuáles son los afiliados de los Jesuitas, ya lo declara en su decreto el Gobierno provisional; estos son todas las congregaciones religiosas, los Ligorianos, los Marianistas, los Hermanos de la Doctrina cristiana, las señoras del Sagrado Corazon, las Hermanas de san Vicente de Paul y las de san José, cuyas congregaciones se hallaban establecidas en el canton, y prestaban á los ciudadanos de todas las clases los servicios mas importantes: todos estos eran afiliados de los Jesuitas al decir del Gobierno provisio-

nal, y todos quedaban envueltos en la proscripción comun. Ni aun los que eran naturales del canton quedaban exceptuados: la calidad de religiosos les quitaba el carácter de ciudadanos. El nuevo Gobierno, revolucionario y radical, declaraba además á los religiosos que habian salido á la defensa de la independencia de su patria solidariamente responsables de los males y de los gastos ocasionados por la guerra... Se inauguraba por todo ese sistema de terror, y se sujetaba á una vigilancia odiosa á los ciudadanos mas pacíficos. Sobre todo los eclesiásticos eran designados como objeto preferente de pesquisas inquisitoriales y de las atenciones de la policía. Ni los templos, ni los objetos del culto católico pudieron librarse de profanaciones sacrílegas. Bien es verdad que el jefe de las tropas radicales reprobó en un orden del dia tamaños desacatos; pero ni castigó á los culpables, ni amenazó siquiera con penas á los que se propasasen en lo sucesivo. Así es que esta orden del dia no impidió el que semejantes escándalos se reprodujesen en otros puntos.

«La conducta observada por los radicales en Friburgo ha sido como el tipo de la que debia observarse en los demás cantones conquistados. En Lucerna, al dia siguiente de haber entrado las tropas federales, se convocó una Asamblea general. Cuenta el canton 22,000 votantes, y tan solo llegaron á reunirse de 250 á 300 para votar cuestiones del mas alto interés. Y este insignificante número, tomando el nombre de *pueblo lucernés*, decretó entre otras las medidas siguientes: 1.^a La expulsion y salida de la ciudad y del canton dentro tercero dia de los Jesuitas y de los miembros de las sociedades *afiliadas* (ya hemos dicho que por sociedades *afiliadas* se entendian las congregaciones religiosas); 2.^a la responsabilidad de los males causados por el Sonderbund exigida á los miembros del Gobierno caido, á los del Gran Consejo y á todos sus *adherentes*. Hé aquí un término muy elástico, y una puerta abierta para perseguir á todos los que quisiesen los radicales. Como el Gobierno se componia de siete individuos, y el Gran Consejo de noventa y seis, hé aquí á ciento y tres personas, las mas ricas y las mas influyentes del canton, precisadas á emigrar so pena de aguantar las iras del vandalismo radical... El clero, que podia dirigir y alentar al pueblo, tuvo que sufrir toda suerte de tropelías. Cuando el mismo Gobierno del canton hizo saber sus intenciones de gobernar en paz y conforme á la ley, y suplicó la cooperacion del clero para calmar la efervescencia de los ánimos, el obispo de Lausana y Ginebra, que antes de resolverse por las armas la causa del Sonderbund se habia negado con la mayor firmeza á prestar la mas mínima cooperacion á la causa radical, rehusando enviar capellanes á los batallones del ejército federal, como se lo habia pedido la Dieta, contestó en los siguientes términos: «Tenemos la mas íntima confianza que el clero no se apartará un ápice de la línea de sus deberes: él sabrá dar á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César. «Mas si su influencia ha de ser eficaz para calmar los espíritus, es preciso «que vosotros contribuyais mas poderosamente todavía por las medidas que «deben emanar de vuestra autoridad, cuya base ha de ser el mantenimiento «de los principios inmutables de la Religion y de la justicia.»

No nos extenderemos mas sobre los asuntos de la Suiza. Hemos dado las anteriores explicaciones para hacer comprender cuánta razon tenia Pro IX para lamentarse del modo que hemos visto recordando lo que padecieron los institutos religiosos y especialmente el de la Compañía de Jesús, cuando vió que en la misma capital del Cristianismo era objeto de persecuciones y de amenazas.

Ya hemos indicado cuáles son las razones por que en todas las revoluciones populares son los Jesuitas los primeros en padecer. Hemos tambien presentado pruebas en contra de las villanas calumnias que desde el principio del actual pontificado se propalaron sobre las conspiraciones de los Jesuitas. Á la carta dirigida por Su Santidad al P. Perrone, que ya conoce el lector, podríamos añadir otros documentos emanados de los mas principales miembros de la Compañía que demuestran que Pro IX no ha cesado desde su elevacion de darle prendas de su benévolo y paternal afecto. Pio IX es un gran Pontífice dotado de la sabiduría del cielo, y no puede dejar de conocer que la Compañía de Jesús es una de las columnas de la Iglesia; ¿cómo, pues, habia de contribuir á derribarla? Nada mas diríamos sobre este punto. Empero, cuando se hallan extraviadas muchas inteligencias; cuando la repetición de las calumnias y de las necias vulgaridades que se han propalado y se propalan han sembrado la duda y la desconfianza en muchos hombres de rectas ideas, pero de escasos conocimientos; cuando el hecho repetido de ensañarse contra los Jesuitas todas las revoluciones, así de las grandes potencias como de las naciones de segundo y tercer orden, ha podido hacer creer á muchos que hay un fondo de razon en esa persecucion, nos parece oportuno, y el benévolo lector no lo llevará á mal, el dedicar algunas líneas á la defensa de esos ilustres varones que han llevado la sabiduría y civilizacion evangélica por todas partes, siendo benéficos en alto grado para la religion y para la sociedad. Á los de menos inteligencia, á los que han caido siquiera sea en la duda por el último hecho que acabamos de citar, les dirémos: Si por el hecho de ser una corporacion ó un individuo objeto de persecucion en todas partes puede inferirse de que es perjudicial, habria que dar razon á los hijos de Israel, que sin tregua ni descanso persiguieron hasta dar la muerte á Aquel que pasó sobre la tierra *haciendo bien*; á JESUCRISTO, que no hizo otra cosa durante su peregrinacion sobre la tierra que dispensar toda clase de beneficios á los hombres; que curaba toda clase de enfermedades; que daba agilidad á los paralíticos, vista á los ciegos y vida á los muertos; que para saciar á una turba hambrienta verificó el prodigio de la multiplicacion de los panes y de los peces, y que efectuó las demás obras de este género que han quedado consignadas en las páginas del Evangelio. Y sin embargo, sus mismos compatriotas conspiraron contra él, le quisieron precipitar de la altura de los montes, y últimamente en premio de tantos beneficios fue conducido á morir al patíbulo de los delincuentes, vendido y entregado en manos de sus enemigos por uno de sus mismos discípulos, por un Apóstol querido que habia recibido de Él las mayores pruebas del mas entrañable amor.

¡Ojalá nos fuese dado hacer aquí la apologia de los Jesuitas! Esto nos apartaria de nuestro propósito y del asunto principal de nuestra obra: pero siquiera sea para llevar el convencimiento á algunos espíritus extraviados por el torrente invasor de las modernas doctrinas, nos permitiremos hacer conocer á esos hombres tan villanamente calumniados y que tanto estorban á los agitadores de los pueblos. Los Jesuitas, escritores elegantes, diligentes historiadores, críticos de profundos conocimientos, que han enriquecido todas las ciencias, así las religiosas como las filosóficas, lo mismo la farmacia que la astronomía, que han sido en todos tiempos misioneros incansables y maestros expertos, no merecen seguramente ese odio implacable que les profesan, unos

por miras políticas y otros por ignorancia. Antes por el contrario se han hecho acreedores al amor y aun á la gratitud de los pueblos.

Cuatro palabras sobre la historia de la Compañía de Jesús, que viene realizando el mas sublime pensamiento de los que pueden concebirse en favor de la sociedad humana, cual es llevar á todas partes, por medio de la propagacion del Evangelio y de la cristiana educacion de la juventud, el gran beneficio de la civilizacion universal.

El siglo XVI fue uno de los mas luctuosos para la Iglesia de JESUCRISTO. No hay quien ignore que fue el centro de la mas funesta anarquía en materias religiosas, ni quien desconozca los nombres funestamente célebres de Lutero y Calvino, de los Estorkios y Anabaptistas, de los Zuinglios y Buceros, de los Carlostadios y Ecolampadios, y de Enrique VIII de Inglaterra, que bien pudiera llamarse el Neron de la Gran Bretaña. Jamás se habia hecho guerra tan encarnizada á la Iglesia, que dió al mundo nuevas y relevantes pruebas de su origen divino cuando no fue sumergida en tempestad tan horrible. Lutero, apóstata escandaloso del Catolicismo, tan inmoral como atrevido, tomó en sus manos el lábaro de la pretendida reforma, iniciando esa guerra de religion, esa revolucion de marcado carácter demagógico que hizo estremecer á la Iglesia y temblar á todos los poderes de la tierra. Tocóle por suerte á nuestra España, á esta nacion privilegiada que habia tenido la gloria de haber arrojado de su seno á los sectarios de Mahoma, despues de haber sostenido una lucha heroica de siete siglos, el producir un varon extraordinario, un soldado valeroso de la milicia de CRISTO, jefe de un ejército numeroso y aguerrido, que con la enseña del nombre santísimo de Jesús ha peleado siempre contra los enemigos de la fe cristiana, que ha sido una columna del trono de los sucesores de Pedro, y que, oponiéndose constante y valerosamente á las enseñanzas del luteranismo, ha penetrado por todos los pueblos del antiguo y del nuevo mundo con la bandera de los sacrosantos dogmas de la religion salvadora.

Aquel varon extraordinario fue Ignacio de Loyola.

El denodado ejército de CRISTO por él ordenado, la Compañía de Jesús.

El siglo de Lutero fue el siglo de Ignacio. Nació el primero para la desgracia de la Alemania. Vió la luz el segundo en Loyola, en la provincia de Guipúzcoa, para honor de la España y bien de la Iglesia universal. Despues de sostener una lucha consigo mismo y con sus pasiones, Ignacio renunció el brillo de una cuna ilustre, trocó sus ricos vestidos por un traje burdo y derrotado, y el que antes respiraba orgullo y vanidad, mendiga el sustento, se hospeda en los hospitales, y se prepara por medio de las mayores humillaciones á llevar á cabo una obra gigantesca que habia de producir bienes incalculables. Destinado como Esdras á restaurar las ruinas del templo, se purifica en el célebre santuario de Montserrat, recibe luces extraordinarias en la gruta de Manresa, y emprende despues largos viajes siempre seguido de reveses y contradicciones. París es el lugar donde se detiene para continuar su carrera literaria, prosiguiendo al mismo tiempo su mision apostólica. Allí se le asocian seis varones animados de su mismo espíritu, todos hombres de talento y de celebridad, entre los que se contaba Francisco Javier, maestro de filosofia que llegó á ser mas tarde el apóstol de las Indias. Todos reunidos marchan al monte de los Mártires el dia de la Asuncion el año 1534, y sobre la tumba del apóstol de París pronuncian un voto solemne de renunciar los

bienes del siglo, y de consagrarse á la conversion de los infieles en Palestina, ó donde quiera que fuesen destinados por la Silla apostólica.

De este modo nació la nueva milicia de Cristo, que bajo el modesto título de Compañía de Jesús, y al grito de *á la mayor gloria de Dios*, se habia de declarar en perpétua guerra contra el vicio y la herejía. Apenas nace esta Asociación, la vil calumnia se desencadena contra ella, y hombres de alma tan grande y de ideas tan conformes al espíritu del Evangelio son acusados de enseñar doctrinas sospechosas, y justamente cuando Ignacio con su precioso é inimitable libro de los Ejercicios, que ha merecido ser traducido en casi todos los idiomas europeos, destruye todos los errores y consigue los mayores triunfos. Paulo III, que gobernaba por aquellos dias la Iglesia universal, somete á un detenido exámen la vida y doctrina de Ignacio, así como el plan de su Instituto, y admirando un genio tan extraordinario, lo aprueba solemnemente en 27 de setiembre de 1540.

Desde aquel dia la Compañía de Jesús toma un incremento admirable. Ignacio permanece en Roma para dirigir desde allí los trabajos de la Compañía, en tanto que envia á sus animosos soldados á pelear por diversos puntos las batallas del Señor. Alfonso Salmeron y Nicolás Bruet se presentan en Irlanda, y ellos solos impiden con su predicacion y enseñanza que penetre allí el cisma que desgraciadamente introduce en Inglaterra el desdichado Enrique VIII. Claudio Jayo en Brescia apaga el voraz incendio del luteranismo con la fuerza de sus talentos y profundo saber, consiguiendo que se verifique una favorable reaccion en pro de la verdad católica. Nada importa que los novadores susciten grandes cuestiones acerca de la enseñanza de la Iglesia romana. Los Jesuitas que, como antes dijimos, fueron sarcásticamente calificados mas tarde, por una pluma impía, de guardias de corps de la Santa Sede, y que en efecto lo son, salieron á la defensa, y fue suficiente su sabiduría y el celo ardiente de Lainez para echar por tierra los vanos sofismas de aquella herética secta. ¿Y qué hacen los Jesuitas por todas partes luego que se han aumentado sus filas? Fundan colegios para la enseñanza de la juventud, erigen seminarios para instruccion del clero, y forman asilos para que sirvan de refugio á las personas que arrepentidas de sus maldades quieren echarse en brazos de la Religion para alcanzar el perdon y purificarse, y ellos entre tanto ni admiten dignidades, ni son gravosos á los pueblos, y en su deseo de propagar la gloria de Dios y de procurar la salvacion de las almas, estudian con incansable celo para ser maestros expertos de las verdades católicas. Pero ¿qué mas dirémos en loor de la calumniada Compañía? Búsquese entre toda la falange de sus enemigos un solo hombre que haya hecho en favor de la humanidad algo que siquiera se parezca á lo que hizo el gran san Francisco Javier. Él se dirigió á los mas lejanos países sin mas objeto que civilizar á los bárbaros, sin temor de morir á manos de los mismos á quienes llevaba tan apreciable beneficio: recorre á pié y descalzo muchas leguas: llega á Goa, y en pocos meses convierte aquella Babilonia de vicios en un paraíso de virtudes: Ormuz, Coulan y otros pueblos participan de igual beneficio, y no contento Francisco Javier con los grandes triunfos conseguidos, forma el proyecto de dirigirse á la China, con cuyo objeto emprende una dilatada y penosa navegacion, y Dios le llama á sí cuando con mas esfuerzos trabajaba en su apostolado despues de haber derramado el agua del Bautismo sobre la cabeza de millares de criatu-

ras que debieron á su incansable celo el conocimiento del Evangelio y con él la civilizacion.

Imposible nos seria poder reseñar ni á grandes rasgos en las líneas que á este asunto dedicamos los inmensos bienes que á la Iglesia y á la sociedad ha proporcionado la Compañía de JESÚS. Donde quiera que ha habido errores que combatir, vicios que exterminar, maldades á que hacer la guerra, allí han estado los individuos de esa heróica milicia de CRISTO, que manejando con sabiduría la espada de la palabra evangélica han echado por tierra los mas grandes proyectos de la impiedad. Léase con detenimiento la historia de las misiones católicas, y se verán los grandes trabajos á que los Jesuitas se han sujetado por extender el reino de JESUCRISTO. Entre los ilustres Mártires del Japon canonizados por Su Santidad Pro IX con inusitada solemnidad el dia 8 de junio de 1862, se contaban tres individuos de la Compañía, siendo muchos los que en diferentes misiones han recibido la palma del martirio. No hay un solo país en el viejo ni el nuevo mundo donde no haya resonado con fruto la voz de esos varones apostólicos. «Mares, tempestades, hielos del polo, dice el ilustre cantor del *Genio del Cristianismo*, ardores del trópico, nada les detiene. Viven con el esquimal sobre cueros de toro marino; se alimentan de aceite de ballena con el groenlandés, pasan con el tártaro y el iroqués inmensas soledades, montan sobre el dromedario del árabe, siguen al cafre errante por en medio de sus abrasadores desiertos; el chino, el japon y el indio son neófitos, no hay una roca del Océano que escape á su celo, y así como en otro tiempo faltaban reinos á la ambicion de Alejandro, falta tierra á su caridad.»

Es indudable que los Jesuitas llevaron hasta los mas remotos países el conocimiento de las ciencias, lo que honra sobremanera á la calumniada Compañía. Hé aquí cómo acerca de esto se expresa un escritor notable por su imparcialidad: «Los Jesuitas ayudaban entonces á un emperador tártaro á hacer revivir las ciencias en la China, la cual en tiempos muy remotos habia hecho ó recibido los mas asombrosos descubrimientos. Los Jesuitas se convertian en magistrados de un pueblo cuyas costumbres aparentaban admitir, y le dirigian por la senda del Cristianismo. El P. Parenin, uno de los talentos mas complacientes y distinguidos de su siglo, y sus piadosos y doctos compañeros los PP. Amyot y Duhalde, llevaban á la China algunos conocimientos de Europa, y hacian conocer á esta muchos puntos de la historia, de la moral, de la admirable cultura y de las artes de la China. En las *Cartas edificantes* el gusto mas delicado y la crítica mas ejercitada hallaban gran número de hechos interesantes y de juiciosas observaciones.»

Para terminar este asunto, ya que no nos sea dado hacer una completa apología de los Jesuitas, reproduciremos aquí algunos párrafos de la historia de las misiones en América, segun los leemos en el mismo autor César Cantú, á quien pertenece el párrafo anterior.

Ocupándose de la raza indígena, al hablar de los sacerdotes á quienes las leyes españolas confiaron la vigilancia sobre la vida y libertad de los naturales y de otros que llegaron de diferentes puntos de Europa ex profeso para convertirlos, se expresa de esta manera:

«Siguiendo sus huellas se precipitaron una multitud. Los Dominicos, cuyo principal instituto era la predicacion, corrieron á abrazar el apostolado del Nuevo Mundo, y lo mismo los Franciscanos, Agustinos, Capuchinos y Laza-

ristas; pero con mas ardor todavía se consagraron á este objeto los Jesuitas, sociedad de vigorosa juventud, deseosa de superar á las demás en celo y padecimientos, y que iba á demostrar su genio tan obstinado como flexible. Otro tratará de disculpar á los Jesuitas cuando se infestaron con el aire de las cortes; á nosotros nos toca admirarlos cuando se sublimaron acercándose á los que padecian.

«Despues de las perfidias y atrocidades que acompañaron al descubrimiento, el ánimo se solaza al fijarse en estos héroes, los cuales, llenos de viva compasión por la degradacion del hombre y por las miserias á que lo reducía la ignorancia propia ó la avidez de otros, hicieron holocausto de sus vidas y placeres para llevarles la verdad, arrostrando, ya las maldades de la barbarie, ya la obstinacion de las preocupaciones, y siempre la repugnancia de la naturaleza humana, no sostenida por esperanzas de gloria ni por la vanidad de padecer intrépidamente ante una admiradora multitud. Hoy se hacen las explicaciones científicas con grande aparato; pero entonces el misionero partía para conquistar un mundo sin mas instrumentos que la cruz y el breviario. Y no bastaba el valor en empresas en que no se trataba de matar y dominar á los pueblos, sino que era necesaria ciencia para convertirlos, hablar en su lengua, secundar sus costumbres y el giro de sus ideas, refutar sus antiguas creencias, y saber exactamente hasta qué punto la moral y la religion pueden condescender con la costumbre y las preocupaciones.

«En medio de aquellos rios en que desaguan otros inmensos; en medio de aquellos bosques ilimitados que desembocan en otros bosques vírgenes; en aquellos prados sin fin, en que el hombre se pierde como en medio del Océano, el misionero, á merced de los elementos, rodeado de fieras y reptiles venenosos, lo mismo que de hermosísimos pájaros, penetraba por sendas que ni la avaricia se habia atrevido á pisar, dirigiéndose en busca de conversiones ó del martirio. Solo Dios veía el franciscano con su tosca túnica y los piés descalzos, ó el jesuita con su gran sombrero, sus negros hábitos, el Crucifijo en la cintura y el breviario bajo el brazo, recorrer aquellos bosques vírgenes, atravesar los pantanos con agua hasta la cintura, encaramarse en las escarpadas rocas, penetrar en las sangrientas tinieblas de las cuevas y precipicios, expuestos á ser presa de las garras del tigre, de las mordeduras de la serpiente ó de la glotonería del indio, que podría creerle una caza apetitosa. Si alguna de estas cosas sucedía, el misionero espiraba alabando al Señor, y otro compañero que seguía sus pasos, al encontrar los restos dejados por el caníbal ó el ave de rapiña, los sepultaba, entonaba su oracion al mártir, plantaba en aquel sitio una cruz, y continuaba su camino dispuesto á sufrir igual suerte.

«No acostumbrados los salvajes á ver en sus tierras al europeo sino para robar su oro, sus mujeres ó su libertad, admiraban á los misioneros, que nada les pedían; admiraban la intrepidez con que estos hombres desarmados hacían frente á sus enemigos, la constancia con que sufrían los tormentos mas exquisitos, y se agrupaban al rededor del sacerdote que apenas sabia una palabra de su dialecto, pero que les enseñaba el cielo y una cruz. ¿Era un mago? ¿Venía del cielo? Un nuevo encanto percibían en sus palabras, y le escuchaban atónitos cuando les invitaba á dejar la vida errante, los matrimonios múltiples, los banquetes humanos y á unirse en la santidad de la familia y de la sociedad. ¿Quién no recuerda la fábula griega de Orfeo y Anfion? Los mi-

sioneros proveíanse de instrumentos armoniosos, y surcaban los rios llenando el ambiente de sencillas melodías. Con este nuevo prodigio los salvajes acudían de las llanuras y los montes, y se arrojaban al rio para seguir á nado la navecilla que le atravesaba, entonando los himnos de la Iglesia, con lo cual empezaban á gustar los placeres que proporciona el vivir en sociedad, y procuraban desde luego imitar estos cánticos al rededor de la cruz ó de la efigie de María.»

Á pesar de tantos trabajos, y no obstante que la Compañía de Jesús no ha tenido otro delito que haber atacado hasta sus últimas trincheras á la herejía y á la impiedad, sus enemigos, que son los enemigos del Catolicismo, han encontrado arte para seducir á hombres muy pios y católicos con absurdas calumnias que suscitaron á la Compañía, y han inspirado horror al pueblo para que creyera que los acueductos por donde se comunicaba la instruccion mas pura á sus hijos se habian convertido en canales de ambicion y de infamia. La supresion de este Órden religioso en tiempo de Clemente XIV reconoció causas no ignoradas de los hombres instruidos y en cuya explanacion no podemos detenernos. Despues se le ha hecho justicia, y los Papas han reconocido y celebrado el mérito indisputable de la Compañía. ¿Cómo Pro IX habia de ser enemigo de los Jesuitas? Ya hemos visto los testimonios que les ha dado del amor que les profesa, y aun pudiéramos añadir algunos mas. Calumnian, pues, al santo Pontífice los que hacen una afirmacion contraria.

No dejaremos de hacer una observacion sobre lo que acabamos de indicar acerca de la supresion de la Compañía.

Los incrédulos, que no cesan de vilipendiar á la Santa Sede, hacen un intervalo, digámoslo así, en su odio á la institucion divina, para colmar de elogios al sumo pontífice Clemente XIV, elogios que son verdaderos insultos á su memoria. ¿Y por qué? Porque suprimió el instituto de los Jesuitas. ¡Admirable lógica! ¿No son dignos de respeto otros grandes pontífices que los han protegido y estimado? San Pio V, Gregorio XIII, Benedicto XIV y Pio VII fueron varones de gran sabiduría, y demostraron el amor que profesaban á los esclarecidos hijos de Ignacio de Loyola.

Empero no hay persona medianamente instruida en estos asuntos que deje de conocer que el mismo Clemente XIV no fue enemigo personal de la Compañía, y que al suprimirla no la juzgó criminal en nada.

Procedamos con órden en la exposicion de este punto histórico, que no deja de ser importante.

Antes de mediar el siglo XVIII, Lorenzo Ganganelli, que tal era el nombre del que fue luego Clemente XIV, era profesor en el colegio de San Buenaventura de los Franciscanos de Roma, y en una solemnidad teológica que presidia dedicada á san Ignacio de Loyola, se expresó de la manera siguiente: «Si hubiera podido creer ó siquiera sospechar que me fuese posible escoger por objeto de esta disertacion un ramo de la ciencia sagrada que os fuese desconocido, al momento se hubieran presentado á mi memoria los hombres ilustres de vuestra Compañía, cuyo número y mérito hubieran desvanecido todas mis dudas. Y en efecto, si se tratase de la interpretacion de la Escritura, aparecerian aquí los trabajos preparatorios de Salmeron, allí los comentarios de Cornelio, Tirino y otros; si de la historia, podria citar á Labbe, Arduino, Co-sart y el célebre Sirmond; si de controversia, ahí están Gregorio de Valencia con la madurez de sus juicios, Suarez con su vasto ingenio, Vazquez con su

talento penetrante, y cien y cien otros: en fin, si se tratase de luchar cuerpo á cuerpo con los enemigos de la fe, y de vengar los derechos de la Iglesia, ¿podría olvidar la vigorosa argumentacion de Belarmino? Si quiero presentarme en el combate con armas de toda especie y prometerme una victoria segura, ¿podría descuidar los libros de oro de Dionisio Petau, muro glorioso levantado para la defensa de los dogmas católicos? Á cualquiera parte que vuelva los ojos, sea cual fuere el género de conocimientos que recorra, veo Padres de vuestra Compañía que se han hecho célebres en él.» Y ya elevado al sumo pontificado, en un breve que comenzaba con estas palabras: *Cœlestium munerum thesauros*, el 12 de julio de 1769, concedía indulgencias á los Jesuitas misioneros, diciendo: «Derramamos voluntariamente los tesoros de los bienes celestiales sobre los que sabemos que procuran con gran ardor la salud de las almas, tanto por su encendida caridad hácia Dios y el prójimo, como por su celo infatigable en favor de la Religion. Como comprendemos en el número de esos ardientes operarios en la viña del Señor á los religiosos de la Compañía de Jesús, y en especial á aquellos que nuestro amado hijo Lorenzo Ricci tiene intencion de enviar este año y los siguientes á diversas provincias para ocuparse en ellas de la salvacion de las almas, deseamos tambien alimentar y acrecer por medio de favores espirituales la piedad y el celo emprendedor y activo de dichos religiosos.»

¿Por qué, pues, Clemente XIV, que se habia manifestado siempre tan devoto de la Compañía, la suprimió? Sabido es que la filosofía impía del pasado siglo se habia propuesto á todo trance exterminar el Cristianismo, creyendo en su loco y satánico orgullo que era cosa fácil echar por tierra un establecimiento que tiene por garantía de su perpetuidad la misma palabra de Dios. Siendo los Jesuitas los mas valientes campeones de la Iglesia, los mas intrépidos defensores de la verdad católica y los que por su sabiduría podian mejor refutar los vanos sofismas en que se apoyaban, tomaron por punto de partida de sus trabajos el deshacerse de los Jesuitas. Los filósofos tuvieron la suficiente astucia para seducir á los ministros de las cortes, los cuales, á su vez, engañaron á los reyes de Portugal, de Francia y de España, quienes solicitaron con la mayor instancia de la Santa Sede que suprimiese la Compañía de Jesús. Ocupaba entonces la silla de san Pedro Clemente XIII, el cual, léjos de acceder á la peticion, se constituyó en defensor del calumniado instituto, demostrando la inocencia de sus individuos.

Irritados los príncipes por no poder conseguir el objeto de sus deseos, recurrieron á la fuerza, y los lanzaron de sus casas. El modo secreto como preparó Carlos III de España la expulsion para que no se levantasen en su favor los pueblos, porque eran muy estimados, es demasiado conocido para que nos detengamos en explicarlo. La mayor parte de los religiosos fueron arrojados sobre las costas de los Estados pontificios, sin otra cosa que el hábito que los cubria y su breviario. ¿Se dieron por esto por satisfechos aquellos príncipes? De ningun modo. No contentos con haberlos expulsado de sus respectivos Estados, renovaron sus instancias á fin de que se llevase á cabo la supresion, y recurrieron á las amenazas, que empezaron á realizar en vista de la resistencia del Pontífice. Á mano armada invadieron los dominios de la Santa Sede, apoderándose del condado de Avignon, Pontecorvo y el ducado de Benevento, y hasta llegaron á amenazar con un cisma; pero Clemente XIII, que

lloraba tantos males, se mantuvo firme, y bajó al sepulcro sin haber cedido en nada á aquella demanda ni dar la menor esperanza.

Sucedióle Ganganelli, que, como hemos dicho, tomó el nombre de Clemente XIV, el cual, viendo á la Santa Sede desposeida de una parte de sus Estados, y que amenazaba un cisma, deseoso de evitar mayores males, y despues de haber apurado todos los medios posibles para convencer á los príncipes, se decidió á dar el breve de la supresion con harto dolor de su corazon, pero, como antes insinuamos, sin considerarlos reos de delito alguno. Y que Clemente XIV lo hizo contra su voluntad está suficientemente demostrado. Los que le rodeaban le oyeron exclamar repetidas veces entre lágrimas y suspiros: *Compulsus feci, compulsus feci*: lo hice obligado por la fuerza. Al firmar el breve, dijo: *Questa suppressione mi dara la morte!*

Pio VI quiso restablecer la Compañía, pero encontró los mismos obstáculos, y se contentó con autorizarla en Rusia, colmando á los Jesuitas de toda clase de alabanzas. Por último, Pio VII, despues de conjurada la tormenta, la restableció en el mundo todo por medio de la bula *Sollicitudo omnium Ecclesiarum*, en la cual se expresaba de este modo:

«El mundo católico pide á una voz el restablecimiento de la Compañía de Jesús. Todos los dias recibimos á este efecto las súplicas mas eficaces de nuestrós venerables hermanos los arzobispos y obispos, y de las personas mas distinguidas, en especial desde que son generalmente conocidos los abundantes frutos que esta Compañía ha producido en las comarcas poco antes mencionadas. Á mas de que la dispersion de las piedras del santuario en las pasadas calamidades (calamidades que vale mas en el dia deplorar que traer á la memoria); la destruccion de la disciplina de las Órdenes regulares (gloria y sosten de la Religion y de la Iglesia católica, á cuyo restablecimiento se dirigen en la actualidad todos nuestros pensamientos y desvelos) exigen cedamos á un voto tan justo y general.

«Nos creeríamos culpables ante Dios de un grave delito si, en tan grave peligro de la república cristiana, no echásemos mano de todos los recursos que nos concede la providencia especial de Dios, y si colocado en la barca de Pedro, agitada, combatida por continuas tempestades, rehusásemos valernos de los vigorosos y experimentados remeros que se ofrecen voluntariamente á romper las olas de un mar que amenaza á cada instante con el naufragio y la muerte. Movidó por tantos y tan poderosos motivos, hemos resuelto hacer lo que hubiéramos deseado practicar al principio de nuestro pontificado. Despues de haber implorado la asistencia divina con fervientes oraciones, despues de haber oido el parecer y los consejos de un gran número de nuestros venerables hermanos los cardenales de la santa Iglesia romana, hemos decretado, á sabiendas, en virtud de la plenitud de la potencia apostólica, y á fin de que valgan para siempre, que todas las concesiones y facultades que otorgamos antes únicamente al imperio ruso y al reino de las Dos Sicilias, se extiendan en adelante á todo nuestro Estado eclesiástico, é igualmente á todos los demás Estados. Por lo cual concedemos y otorgamos á nuestro muy amado hijo Tadeo Bzrozowski, general de la Compañía en la actualidad, y á los demás miembros de la misma que legítimamente delegare, todos los poderes convenientes y necesarios para que los dichos Estados puedan libre y lícitamente recibir y acoger en su seno á todos los que desearan ser admitidos en la Orden

regular de la Compañía de JESÚS, los cuales, segun la necesidad, serán recogidos y distribuidos bajo la autoridad del general interino en una ó muchas casas, en uno ó muchos colegios, en una ó muchas provincias, donde ajustarán su modo de vivir á la Regla prescrita por san Ignacio de Loyola, aprobada y confirmada por las Constituciones de Paulo III. Declaramos además (y les concedemos poder para ello) que puedan libre y lícitamente dedicarse á educar la juventud en los principios de la religion católica, á formarla en las buenas costumbres, á dirigir los colegios y los seminarios; les damos autorizacion para confesar, predicar la palabra de Dios, administrar los Sacramentos en el lugar de su residencia con el consentimiento y aprobacion del Ordinario. Tomamos bajo nuestra tutela, bajo nuestra inmediata obediencia y bajo la de la Sede apostólica, todos los colegios, casas, provincias é individuos de la Orden, como asimismo todos los que á ella se agreguen, reservándonos sin embargo, como tambien á los Pontífices romanos que nos sucederán, el establecer y prescribir lo que juzgásemos mas oportuno para consolidar mas y mas dicha Compañía, hacerla mas poderosa y limpiarla de los abusos, si (lo que no permita Dios) pudieran introducirse alguna vez en ella. Ahora nos falta exhortar de todo corazon y en nombre del Señor á todos los superiores, provinciales, rectores, individuos y discípulos de esta Compañía, que en todos tiempos y lugares se manifiesten fieles imitadores de su Padre, que observen con exactitud la Regla dada y prescrita por este grande Fundador, y que obedezcan con un celo siempre creciente las advertencias útiles y los consejos que dejó á sus hijos.

«Por último, recomendamos con mucha instancia en el Señor la Compañía y todos sus individuos á nuestros estimados hijos en JESUCRISTO los ilustres y nobles príncipes y señores temporales, como tambien á nuestros venerables hermanos los arzobispos y obispos, y á todos los que se hallan constituidos en dignidad, les exhortamos y suplicamos, no solo que no toleren que estos religiosos sean molestados en manera alguna, sino que vigilen para que sean tratados con bondad y caridad como conviene.»

En 15 de diciembre de 1814 alentaba en estos términos á Fernando VII á restablecer la Compañía en España: «Nos felicitamos por los bienes inmensos que debe reportar la España de los sacerdotes regulares de la Compañía de JESÚS, por enseñarnos una grande experiencia que no es solamente por la probidad de sus costumbres y por su vida evangélica que difunden el dulce aroma de JESUCRISTO, sino tambien por el ardiente celo con que procuran la salvacion de las almas. Á fin de hacer su ministerio mas provechoso, unen á la vida mas pura el profundo conocimiento de las ciencias, se dedican á propagar la Religion, á defenderla contra los esfuerzos de los malos, á levantar á los cristianos del cieno de la corrupcion, y á enseñar las bellas letras á la juventud y formarla para la piedad cristiana. Así es que no dudamos que el llamamiento de esos religiosos á vuestros Estados será sumamente provechoso, porque solo se entregarán á los deberes que se han impuesto de hacer florecer el amor de la Religion, el gusto de los buenos estudios y la santidad de las costumbres, que irán cada dia en progresivo aumento. Á todas estas ventajas se unirán otras tambien de la mayor importancia: los lazos de afeccion y obediencia que unen los súbditos al rey se estrecharán mucho mas; renacerán entre los ciudadanos la union, la tranquilidad y la calma, y en fin, por decirlo de una vez, reaparecerá entre los pueblos confiados á V. M. la felici-

dad pública y privada. No solamente os felicitamos á Vos, carísimo hijo en JESUCRISTO, por todos esos bienes, sino tambien á toda esa nacion española, á la que queremos en Nuestro Señor con particular solicitud, á causa de su constante amor á la religion cristiana y de las muchas pruebas de fidelidad que nos ha dado, así como á la Silla apostólica, cuya nacion será una de las primeras en experimentar los felices resultados que ha de dar el establecimiento de esa ilustre sociedad, que tanto nos esforzamos en procurar á todos los fieles.»

Creemos que con lo expuesto queda suficientemente aclarado el asunto y justificada la por mil títulos célebre Compañía de Jesús.

Son en gran número los hechos que se refieren acerca de la caridad de Pio IX y su misericordia para con los desvalidos. La grandeza de su dignidad superior en mucho á la de los reyes y papas, no impidió el que se ocupara en el cuidado de los pobres y miserables. No olvidó ni un momento que es Vicario en la tierra de aquel Dios-Hombre que pasó por el mundo haciendo bien, que se acercaba más al pobre que al poderoso, y que mostraba un amor extraordinario á los sencillos. Cuanto que un hábito de su vida los barrios más próximos al Quirinal, donde Pio IX recibió hasta su salida para

CAPÍTULO XIV.

DIVERSAS ANÉCDOTAS SOBRE LA CARIDAD DE PIO IX

PARA CON LOS DESVALIDOS.

HEMOS visto que el Papa al dar su encíclica sobre las Órdenes religiosas se proponía que aquellas *legiones auxiliares de Cristo*, que tanto sirvieron siempre, adornaron y defendieron así al Cristianismo como á la sociedad civil, resplandeciesen mas y mas por la práctica de las virtudes evangélicas, por el fiel desempeño de los ministerios eclesiásticos y la observancia exacta de sus respectivas reglas y constituciones.

No quiso Pio IX que su encíclica fuese una letra muerta en Roma, y así se propuso vigilar por sí mismo si eran fielmente cumplidos sus mandatos. Una noche, á hora bastante avanzada, se presenta seguido de un solo camarero á las puertas de un convento y pregunta por el Prior. El portero, que á través del ventanillo no distinguió la sotana blanca del Papa, contestó al que creía un visitador importuno.—¿Es esta hora de llamar á la puerta de un convento? El Prior está en la cama, y la comunidad duerme. Volved mañana.—Andad, contestó el Papa, decid al Prior que el hermano Mastai desea hablarle. El portero abrió los ojos, y reconociendo que era el Santo Padre, abrió inmediatamente la puerta, y pidiendo perdon le hizo entrar. Pio IX inspeccionó el convento, tocando una por una á todas las puertas de las celdas. Dos religiosos no respondieron. Para excusarlos, el Prior pretextó que la fuerza del calor les habia hecho salir á buscar el fresco en las afueras. Pio IX reprimió severamente al Prior, y le enseñó con su ejemplo el cuidado que deben tener los Superiores en no dejar relajar la disciplina, y ordenó que al dia siguiente los dos religiosos fuésen á expiar su falta á la casa de correccion eclesiástica. El hecho fue sabido al dia siguiente en toda Roma, y es seguro que produjo mas fruto que habia producido la encíclica para el cumplimiento de la disciplina monástica en todas las familias religiosas.

Son en gran número los hechos que se refieren acerca de la caridad de Pio IX y su misericordia para con los desvalidos. La grandeza de su dignidad, superior en mucho á la de los reyes y emperadores, no impide el que puedan acercarse á él hasta los mas desvalidos y miserables. No olvida ni un momento que es Vicario en la tierra de aquel Dios-Hombre que pasó por el mundo haciendo bien, que se acercaba mas al pobre que al poderoso, y que mostraba un amor extraordinario á los sencillos. Cuentan que un habitante de uno de los barrios mas próximos al Quirinal, donde Pio IX residió hasta su salida para Gaeta, se veía afligido por la pérdida de un caballo que poseía, y cuyos servicios le eran muy necesarios para conducir al mercado las provisiones, con cuyo producto se ganaba el sustento. Hallándose en estado de bastante pobreza para poder reemplazarlo con otro, y habiendo oido hablar de la caridad del Santo Padre para con los pobres, pensó naturalmente acudir á Su Santidad para suplicarle le socorriese en aquella necesidad tan apremiante. «Siendo tan bueno el nuevo Papa, ¿por qué no he de ir á pedirle uno de sus caballos?» se decia á sí mismo. Pareciéndole excelente su idea, fué al Quirinal, y encontrando al pié de la escalera un secretario del Soberano Pontífice, le dijo francamente el motivo que le llevaba á aquel lugar. El secretario se encargó de presentar su peticion á Pio IX. El Santo Padre, que se alegró de la confianza que aquel pobre hombre fundaba en su amor paternal, no quiso que fuese defraudada, y ordenó que inmediatamente le entregasen el caballo y juntamente dos monedas de oro para que arreglase sus negocios. Aquel pobre hombre salió del palacio pontificio vertiendo lágrimas de gratitud y colmando de bendiciones al santo Pontífice.

Otro día, al tiempo que el Papa iba á subir al coche, vió en las puertas del Quirinal un pobre niño que sollozaba. Los guardias, para quitar este espectáculo de la vista del Santo Padre, querian hacerle retirar. Pio IX, que lo advirtió, hizo que se lo acercasen, y con la mayor bondad preguntó cuál era la causa de su afliccion. El niño dijo: — Acaban de poner á mi padre en prision por una deuda de doce escudos. — El Papa se volvió á los que le acompañaban, y preguntó si habia alguno que pudiese prestarle aquella suma. Ninguno pudo satisfacerle, y entonces el Papa subió á sus habitaciones á buscarla, y la entregó al niño dejándolo consolado. Cuantos presenciaron aquel hecho no pudieron menos de enternecerse.

Otro muchacho mas atrevido que el anterior escribió una carta á Pio IX, manifestándole en ella que su madre era viuda, y que se hallaba enferma y en la mas espantosa miseria, y que él era solo para asistirle; pero que no podia comprar las cosas de primera necesidad, ni aun los medicamentos que le convenian. El solicitante concluia su epístola pidiendo al Papa una corta cantidad, diciendo que al dia siguiente iria al Quirinal á buscarla. Cuando el pequeño solicitante se presentó, el Papa habia dado orden de que le condujeran á su presencia. Despues de haberle interrogado, el Santo Padre le entregó dos monedas de oro. «Me dais, dijo el muchacho, tres paulos de mas, y no tengo para daros la vuelta.» El Papa le dijo que se los guardase, y luego le despidió. Sin embargo, le hizo seguir para saber si le engañaba. Las noticias que recibió acerca del muchacho y de su madre confirmaron cuanto aquel le habia dicho. Pio IX le hizo volver, y le dijo que se encargaba de su educacion y de su porvenir. «Pero esto no puede ser, dijo el niño con pena. Mi madre no tiene mas que á mí; yo no puedo abandonarla.» — «Bien, dijo el Santo

«Padre, complacido de tan bellos sentimientos; puesto que tu madre es tan «pobre y que tú la amas tanto, yo me encargo de los dos.» En efecto, desde aquel momento Pio IX se hizo cargo de la pobre viuda, á la que ha socorrido generosamente hasta su muerte, y del pobre niño, que ha recibido la mas esmerada educacion á sus expensas.

El hecho que acabamos de narrar nos trae á la memoria otro de la misma índole que oimos referir en Roma en el mismo dia en que tuvo lugar, y que despues hemos visto citado por algunos escritores, aunque no con todos sus detalles.

Un dia tuvo noticia Pio IX de que un religioso, creemos que el Superior del convento de Trinitarios de las Cuatro fuentes, vecino del Quirinal, se hallaba en la agonía. Movidó por los sentimientos de su corazon paternal, quiso visitarlo para aplicarle una indulgencia plenaria. Con este objeto y seguido de un solo capellan salió del Quirinal por la puerta que da frente al convento. No tenia mas que atravesar la calle. En aquel corto trecho se le acercó un niño.

— ¿Sois Vos el Papa? le dijo arrojándose á sus piés.

— Sí, amiguito; yo soy el Papa, le respondió Pio IX.

Entonces el niño se puso á llorar, diciendo:

— ¡No tengo padre!...

— Consuélate, hijo mio; tú tendrás un padre en mí.

Hízole esperar en el convento en tanto que hacia su visita al enfermo; despues le condujo á palacio, y dió inmediatamente la órden de que fuese conducido é instalado á sus expensas en una casa de educacion, avisando al mismo tiempo á una tia del niño, en cuya compañía vivia, á la que socorrió con generosidad. En cuanto al religioso enfermo, que recibió una extraordinaria sorpresa al ver á su cabecera al Vicario de JESUCRISTO, fué mejorando paulatinamente habiendo recobrado su completa salud.

¿Qué nos dicen en favor de Pio IX los hechos que acabamos de narrar? ¿No es un espectáculo lleno de ternura el ver á la majestad mas grande de la tierra, haciéndose pequeño con los pequeños, sencillo con los sencillos, y siempre extendiendo su mano bienhechora á los indigentes? Este es el gran sacerdote que fue cortado á medida del corazon del Salvador divino; este es el Pontífice que fue colocado por Dios sobre el candelero de la Iglesia para que el mundo sea iluminado por los rayos de sus virtudes y de su doctrina. Fuerte, intrépido para luchar con los enemigos de la Iglesia, es un ángel en la mansedumbre y en la misericordia para hacerse todo para todos, sin que quede uno que á él se dirija que no participe del calor de su caridad.

Y no solamente para con sus hijos, los católicos, tiene palabras de consuelo y acciones de santo, sino aun para los mismos que desgraciadamente viven apartados de la verdad católica. De esto verémos diversos ejemplos en el curso de nuestra obra. El que vamos á consignar al presente es superior á toda ponderacion.

Hay en Roma un barrio destinado exclusivamente para los judíos, el que es conocido con el nombre del *Ghetto*. Sus calles son estrechas, y todo respira miseria en aquellas por lo general oscuras tiendas, por mas que algunas de ellas pertenecen á ricos israelitas. Los judíos son por lo regular súcios, y piensan mas en los intereses materiales que en el aseo de sus casas y personas. Desde el momento en que Pio IX subió á ocupar el trono pontificio, pensó en

mejorar la situación del *Ghetto* haciéndolo más habitable. Una comisión de israelitas pasó á dar las gracias al Papa, el cual acogió con su natural bondad á aquellos representantes del *Ghetto*, á los cuales prometió que sus paternales cuidados alcanzarían también á sus correligionarios. La comisión le hizo el homenaje de un cáliz antiguo conservado por espacio de más de dos siglos en el *Ghetto*. Pio IX aceptó el presente con bondad:

—Hijos míos, les dijo, acepto vuestro presente con placer y os doy las gracias.

En seguida, sentándose en su bufete, escribió sobre el primer pedazo de papel que tuvo á mano: *Bono por mil escudos*; y después de firmarlo,

—Aceptad á vuestra vez, les dijo, esta pequeña suma, y distribuidla de parte de Pio IX entre las familias más pobres del *Ghetto*.

Algunos días después de este suceso, el Santo Padre, pasando por las inmediaciones de aquel barrio, vió un desgraciado anciano tendido sobre el pavimento casi sin vida.

Bajó de su carruaje y se acercó á aquel hombre.

—Es un judío, dijeron algunas personas, y nadie le presta socorro.

—¿Qué decís? replicó el Papa en alta voz: ¿no es un semejante nuestro el que sufre? Necesario es, pues, socorrerle.

El mismo Pio IX, ayudado de los prelados que le acompañaban, le levantó, y colocándole en su propio carruaje, le condujo á su casa, y no le abandonó hasta que le hicieron volver en sí (1).

Pocos días habían pasado después de aquel suceso cuando un soldado acercándose á la carroza del Papa en el momento en que descendía de ella Su Santidad,

—Santo Padre, le dijo presentándole un pan de munición, hé aquí lo que nos dan en el cuartel.

El pan era de malísima calidad.

—¿Es esto lo que os dan diariamente? le preguntó el Papa.

—Diariamente, Santísimo Padre.

—Bien, hijo mío, replicó el Papa con aire de compasión; Nos lo remediarémos inmediatamente.

Al día siguiente el proveedor fue castigado severamente, distribuyéndose á toda la guarnición un pan de buena calidad.

Volúmenes enteros serían necesarios para contar hechos de esta naturaleza, repetidos cada día, durante el pontificado de Pio IX. Empero, ya que á este asunto hemos dedicado el presente capítulo, no desagradará al lector que narremos algunos otros.

Está en uso en Roma el que todas las jóvenes lleven una cruz de oro pendiente al cuello: esta cruz es para ellas un objeto querido que no separan jamás de sí. Una joven obrera se vió en la necesidad de vender su cruz para alimentar con su producto á su anciana madre.

—Mi buena madre, la dijo entrando en su habitación, hé aquí que ya tenéis pan para algunos días. En adelante no careceréis de nada; ya no volveréis á tener más hambre. Pio IX, nuestro buen padre, ha dado sus órdenes para ello. Consolaos; el buen Dios no nos abandonará, y el Santo Padre vela por nosotras.

En efecto, á las pocas horas pudo verse la esperanza convertida en consola-

(1) *Vie populaire de Pio IX*, pág. 26 y 27.

ladora realidad. ¿De qué el Papa de lo que ignora, pues este es el secreto de la caridad. Empero la misma á su presencia la pobre niña toda temblando abrió una carta procedente del Quirinal, en la que encontró su cruz querida con cinco monedas de oro.

La carta contenía estas líneas:

«Mi amada hija: Habeis tenido razon en esperar en Dios, que no abandona jamás la piedad filial. Habeis tenido razon en esperar en Pio IX: él vela por tí y por tu madre, y no moriréis de hambre (1).»

Pio IX, como vicario de JESUCRISTO, bendice al mundo, pero él es al propio tiempo objeto de las bendiciones de todos los fieles, y muy especialmente de tantas personas que han podido experimentar los efectos de su bondadosísimo corazón. ¡Quién podrá explicar las lágrimas de gratitud que vertería aquella inocente niña y su anciana madre al encontrar un padre cariñoso en el que lo es de todos los cristianos!

El pueblo romano ama hasta el delirio á su soberano Pio IX. Cuando estas líneas escribimos, el Santo Padre apura el cáliz de la amargura viéndose cautivo en el Vaticano: Roma se halla en poder de un monarca invasor que se ha valido de la fuerza para hacerse dueño del patrimonio de san Pedro, pues miente villanamente el que asegure que se ha entibiado el amor del buen pueblo romano hácia el Sumo Pontífice. Nosotros hemos visitado mas de una vez á Roma, hemos vivido largas temporadas en la Ciudad eterna, y hemos sido testigos de mil escenas que nos confirman en lo que acabamos de decir. El pueblo romano, lo repetimos con gozo en el corazón, ama hasta el delirio á su anciano Pontífice. Séanos permitido, por una sola vez, faltar al orden cronológico en la historia que venimos escribiendo, pues no podemos resistir al deseo de consignar en este lugar y por adelantado un hecho que acaba de tener lugar, y que abre el corazón á la mas halagüeña esperanza de ver en un plazo mas ó menos cercano al augusto Pontífice ser nuevamente saludado y aclamado por las calles de Roma como legítimo soberano de los Estados de la Iglesia.

Mediten sobre el hecho que vamos á referir los que creen que está consumada y afirmada la desdichada unidad italiana que ha arrancado de las manos de Pio IX el cetro de su soberanía temporal.

Cuando, no obstante hallarse Roma en poder de los usurpadores, numerosas comisiones de todos los países católicos han acudido al Vaticano para felicitar al ilustre anciano que es el Jefe espiritual de doscientos millones de católicos, Roma, que en su gran mayoría ama á Pio, ha hecho una especie de plebiscito en favor de su soberanía temporal. Sabido es que la mayoría de los empleados por el Gobierno pontificio han preferido el hambre y la miseria á servir al nuevo Gobierno. Pues bien, la *Sociedad de los intereses católicos*, formada en la capital del mundo cristiano, se ha presentado al Papa con un documento de adhesion firmado por 27,165 ciudadanos de Roma, todos padres de familias que se mantienen fieles á su autoridad. Debe tenerse en cuenta en primer lugar que las firmas se han recogido con gran legalidad y escrupulosidad, todas de propia mano de los firmantes; es decir, que los que no saben leer y escribir no han firmado, y sabido es que entre ellos tiene tambien el Papa muchos partidarios. En segundo lugar debe notarse que Roma no es una ciudad excesivamente populosa, y que, como todo el mundo sabe, está ausente de

(1) *Vie populaire de PIE IX*, pág. 37.

la ciudad gran parte de la poblacion católica ^{Santo} habiendo crecido considerablemente la revolucionaria. Además el temor y las persecuciones habrán retraido á los menos animosos de asociarse á la manifestacion antiplomontesa. Dígase, pues, que Roma no ama al Papa y que está contenta con el nuevo orden de cosas establecido. Pio IX aceptó los sentimientos de sus amados súbditos, y les dijo: «Estoy cansado de sus iniquidades, pero no estoy dispuesto á rendir las armas.» De este modo habla un prisionero octogenario, rodeado de enemigos, oprimido por tiranos sacrílegos; un rey á quien han arrebatado su cetro y su libertad.

Aun podemos añadir más. Los habitantes del populoso barrio del Trastevere, que tantos beneficios han recibido de Pio IX, no los han olvidado. En nombre de todos se ha presentado una comision en el Vaticano para regalar al Santo Padre una estola bordada en oro y enriquecida de perlas. Son notables las palabras dirigidas por el Papa á la comision:

«Acepto, les dijo, vuestro testimonio de gratitud en memoria de lo que he podido hacer por el Trastevere, ya en lo concerniente á la comodidad de los talleres, ya para la instruccion pública ó el esplendor de los Santos Lugares. Recibo esta estola que es el símbolo del consuelo, y por cierto que se necesita en este momento en medio de tantas vicisitudes y amarguras. En otro tiempo todos admiraban este consuelo en la ciudad de Roma, y mas de una vez me han dicho algunos extranjeros que al entrar por la puerta del Popolo ó por la de San Juan, ó llegando por el ferrocarril, les parecia que se encontraban en su propio país. Desgraciadamente no se puede decir ya esto en el dia. Dios nos castiga por nuestros pecados, por los del clero, ó por los del pueblo; pero no es esto un motivo para perder la confianza. La alegría renacerá probablemente, y entonces cada cual volverá á sus tareas. Imploramos esa alegría con la oracion y la práctica de las virtudes cristianas. Para esto recomiendo á los padres la educacion cristiana de sus hijos, y á los hijos la obediencia á sus padres.»

No creemos sea necesario añadir ninguna nueva prueba en confirmacion de la verdad que hemos defendido. Retírense de Roma los usurpadores, déjese solo al Papa con los romanos, y en seguida volverán á resonar por las calles de la capital las mas entusiastas aclamaciones en favor del augusto y venerable Pio IX. Roma no podrá ser nunca mas que la capital del mundo cristiano.

Y ya que de los transteverinos nos hemos ocupado, daremos cuenta de otro hecho acaecido muy á los principios del pontificado de Pio IX.

Un dia corrió por Roma la falsa noticia de que el Papa se hallaba enfermo. Esta nueva causó en todos los barrios de Roma una verdadera alarma. Todos los hombres de todas las clases se preguntaban unos á otros, sin que pudiesen averiguar qué habia de verdad en aquel rumor. Toda la poblacion queria ir al Quirinal para asegurarse del estado de Su Santidad. Pero una visita tan numerosa era muy molesta para un enfermo. En su consecuencia, cuatro transteverinos se acercaron al Quirinal y manifestaron el deseo de ver al Papa.

No era dia de audiencia. Pio IX estaba ocupado en el gabinete de estudio, y se negó á recibirles. Esto excitó mas y mas el deseo de los comisionados.

—Es una prueba cierta de que el Papa está enfermo, dijeron. El mal debe ser grave.

No pudiendo resistir á sus deseos, empezaron á dar grandes voces.

—Queremos ver al Papa, añadian, somos diputados de Trastevere. Está enfermo y se nos oculta. Decid á Su Santidad que esperamos.

Enterado el Papa de lo que acaba, dió orden de que inmediatamente fuesen conducidos á su presencia.

— Bien, hijos míos, les dijo, ¿qué queréis? ¿Cuál es vuestro deseo?

— Nada, Santo Padre; nosotros queríamos únicamente veros. Había corrido por el Transtevere la noticia de que os hallábais enfermo, y hemos querido asegurarnos de la verdad.

El Papa los tranquilizó, y dándoles las gracias por el interés que manifestaban por su salud, añadió:

— Decid por todas partes que, á Dios gracias, me encuentro bien, que me habeis visto trabajando.

Despues les dió su bendicion.

— Santísimo Padre, dijeron los comisionados al tiempo de retirarse; ya sabeis que si teneis necesidad de nosotros, estamos prontos á servirlos. (*Siamo noi*).

Pio IX ha encontrado siempre sus mayores delicias en visitar los hospicios y los hospitales. La bondad de su corazon, su espíritu de caridad y de misericordia le conduce allí donde hay lágrimas que enjugar, necesidades que socorrer, aficciones que remediar. Pio IX en el trono pontificio es el mismo que en *Tata Giovanni* y en el hospicio de San Miguel vimos siendo el padre de los huérfanos y el consuelo de los pobres.

Hay en Roma, entre sus numerosas casas de caridad, un hospicio llamado de la Trinidad, que tiene gran extension y donde son recogidos y alimentados los peregrinos pobres que llegan á Roma, sea cualquiera el país de donde proceden.

Pio IX repetia con la mayor frecuencia sus visitas á la Trinidad de los peregrinos. Un dia, apenas habia entrado, supo que un peregrino procedente del interior de la Prusia habia llegado por la mañana, y que extenuado de cansancio y de fatiga no habia podido cumplir por sí mismo la primera ceremonia de la hospitalidad, cual es el lavatorio de los piés.

— Este honor es para mí, dijo Pio IX, y en seguida mandó que anunciaran al peregrino que el Papa deseaba verle. En el momento se presentó. En su rostro se advertian las señales de la dicha y del temor; no se atrevia á creer lo que veian sus ojos.

El Papa se apercibió de su emocion y le habló con la mayor bondad; despues, mandándole sentar, se arrodilló delante de él. El peregrino todo turbado preguntó al Papa qué iba á hacer. Por el pronto, al verle rodeado de los cardenales y en aquella humilde posicion, no supo comprender el misterio, pero luego pudo descubrirlo. Aquel peregrino, que era sacerdote y se llamaba Teodoro Lanvensen, quiso sustraerse de aquel honor, exclamando á la manera que san Pedro en la noche de la cena al Salvador postrado en su presencia para lavarle los piés:

— Señor, ¿Vos me lavais los piés?

Pero el Papa, empujando su obra de humildad,

— Permaneced quieto, hijo mio, le dijo tan solamente, y no se levantó hasta despues de haber lavado los piés al pobre peregrino, de enjugárselos con sus manos y besárselos como el Soberano Maestro hizo con los Apóstoles.

No es un hecho aislado el que acabamos de narrar. No es posible entrar en ninguno de los establecimientos benéficos de Roma sin oír referir anécdotas semejantes.

Un día que Pro visitaba el hospital del Espíritu Santo, al entrar en la sala de los paralíticos, vió que una mujer anciana hacia los mayores esfuerzos para levantarse y rendir homenaje al Soberano Pontífice que la había protegido para que fuese admitida en el hospital. El Santo Padre se dirigió á ella, la bendijo, diciéndole al mismo tiempo que le daba su mano á besar: «No os intranquileis, mi buena madre.» La enferma, mas animosa que la mujer del Evangelio que consiguió tocar la orla de la vestidura de Jesús, llena de fe se arrojó del lecho y anduvo como en los dias de su juventud. No calificarémos el hecho que acabamos de referir. Sabemos que la fe ha hecho siempre milagros, y la paralítica del hospital del Espíritu Santo debió tenerla en tanto grado como la mujer del Evangelio, de la que hemos hecho mencion, que al ver al Salvador se abria paso por en medio de la multitud diciendo: «Si pudiere tan solo tocar la orla de su vestido seré salva.» Ello es que la paralítica, con admiracion de cuantos se hallaban presentes, quedó instantáneamente curada de la enfermedad que la atormentaba. Vió en Pro IX al representante sobre la tierra del Salvador del mundo, y su fe le hizo creer que con solo arrojarle á sus piés conseguiria la salud: de aquí sus esfuerzos por arrojarle del lecho. JESUCRISTO recibió como hecho á sí mismo el homenaje tributado á su Vicario en la tierra, y premió con largueza tanta fe.

Debemos hacer ver ahora con cuánta magnanimidad Pro IX ha tratado siempre á sus enemigos personales, perdonando todas las injurias que le han sido inferidas.

Un dia la policía arrestó á un hombre que clandestinamente distribuía ejemplares de un folleto satírico titulado: *Historia de Pro IX, papa intruso, enemigo de la Religion.*

Este arresto fue puesto en conocimiento del Santo Padre. Pro IX manifestó deseos de ver al culpable, é hizo que le condujeran á su presencia. Empezó por presentarle algunas cuestiones insignificantes; mas como se apercibiese que el reo se intimidaba al pensamiento del severo castigo que le esperaba, le dijo con la mayor bondad: «No temais, amigo mio, ... como la ofensa ha sido á mí solo, yo os perdono.»

Á vista de un perdon tan fácil como paternal, el culpable, vertiendo lágrimas, se arrojó á los piés del Padre Santo, y le ofreció revelar el nombre de los autores del folleto; pero Pro IX, haciéndole señal de que callase, le dijo: «Nada quiero saber; que su falta quede en olvido, ¡que el arrepentimiento penetre en sus corazones!»

Esta misma generosidad desplegó Pro IX con algunos de sus súbditos que, habiendo recibido el beneficio de la amnistía, fueron tan obcecados, que siguieron haciendo la guerra al pontificado. Uno de ellos fue el conde Mamiani, que, á pesar de haber sido desterrado de Roma, obtuvo permiso de pasar en ella una temporada. Pro IX no opuso el menor reparo en admitirle á su presencia.

—Y bien, hijo mio, le dijo con aire bondadoso, ¿quereis manteneros rebelde á pesar mio y vuestro?...

—Padre Santo, repuso el Conde, os soy afecto de todo corazon; os amo, os venero y admiro; pero mi adhesion seria á mis ojos mas que una promesa de no turbar el órden; permitidme esperar los acontecimientos antes de hacéroslo.

—Que Dios os ilumine, dijo el Papa; cuando os conduzca á mí, hallaréis abiertos los brazos de vuestro soberano.

El conde Mamiani iba y salía de Roma sin ser vigilado, sin exigírsele el menor requisito, y cual si hubiese ya prestado sumision completa. ¿Por qué no correspondió mejor á la generosidad del Padre Santo? ¿Por qué abusó mas tarde de la confianza que le demostró dejándole en libertad (1)?...

Al terminar el año 1846, en el que tuvo lugar el hecho que acabamos de citar, algunas personas abrieron en Roma una suscripcion á favor de los amnistiados que á la salida de su prision carecian de todo medio de subsistencia. Formaron con este objeto una comision que recogió numerosas sumas.

Esta novedad llegó á los oidos del Santo Padre, al que advirtieron al mismo tiempo que el objeto secreto de esta reunion habia sido todo político, y que en la lista de suscripcion figuraban muchos nombres de personas que le eran contrarias.

Pio IX sin alterarse pidió que le fuese presentada la lista, y sin examinar los nombres se inscribió á continuacion de los otros por la cantidad de cien escudos.

Si los hechos que acaban de leerse demuestran toda la bondad del corazon del augusto Pontífice, el siguiente, del que dieron cuenta todos los periódicos católicos, es por sí solo suficiente para dar á conocer la grandeza de su alma.

En una visita hecha al hospital del Espíritu Santo *in Sessia*, Pio IX se aproximó al lecho de uno de los pacientes para dirigirle palabras de consuelo. Al mismo tiempo otro de los enfermos extendió sus brazos, y le suplicó fué en su socorro y le oyese en confesion. El augusto Pontífice accedió á los deseos del pobre enfermo; y ordenando á las personas que le acompañaban el retirarse, hizo el oficio de confesor con aquella humilde pero confiada oveja. Aquel penitente que solicitó tal favor del Santo Padre habia adquirido una triste celebridad entre los revoltosos. Pio IX lo sabia bien, pero vió su arrepentimiento y estrechó entre sus brazos á este hijo pródigo.

Los hechos que acabamos de narrar forman el verdadero retrato del augusto Pontífice que hoy dirige el timon de la nave de la Iglesia. La verdadera bondad debe extenderse hasta la infancia, y en esto los pastores deben imitar al Salvador que dijo con la mayor ternura: *Sinite parvulos venire ad me.* (Dejad á los niños venir á mí). Esta bondad resplandece en alto grado, como hemos visto, en Pio IX. El episodio del niño que llora á las puertas del Quirinal porque su padre se halla preso por deudas; el que le dirige la carta para hacerle saber el triste estado en que se encuentra su madre viuda y desamparada; el del otro niño que, saliéndole al encuentro, le pregunta si es el Papa y se lamenta de que no tiene padre, demuestran suficientemente el amor que profesa á la infancia.

La caridad, la misericordia y la compasion, atributos que tanto se vieron resplandecer en JESUCRISTO, deben encontrarse antes que todos los otros en los pastores, que son sus representantes sobre la tierra. Marcados los hemos visto en nuestro venerable Pontífice en el episodio de la jóven que vendió la cruz de oro para remediar las necesidades de su madre, en la escena del peregrino del convento de la *Trinidad*, en la del pobre judío conducido á su morada en la propia carroza del Papa, la compasion de este delante del soldado que le presenta el mal pan distribuido en el cuartel, y en las demás que dejamos referidos, y otros muchos de los que los romanos tienen conocimiento. ¡Su compasion y su misericordia se extiende á todos los miserables! Nun-

(1) Artaud de Montor: *Historia de Pio IX.*

ca sus oídos se hallan sordos á los lamentos de la indigencia. Nunca su corazón es insensible al dolor, ni su mano se halla cerrada para socorrer.

Á propósito de esto, hé aquí lo que escribían dos ilustres viajeros, que se encontraban en Roma en 1846 y 47, según referencia en un autor (1). «Yo no seré mas que el eco de la voz pública, dice el primero, afirmando que el Papa es aquí adorado hasta un grado nunca visto.»

«No puede darse una idea, añade el segundo, de la emoción del pueblo, de la alegría que brilla en todos los semblantes cuando se ve aparecer al Papa.

«¡Cada día le hacen ver nuevas señales de amor, y nuevas protestas! Frecuentemente, corporaciones enteras se reúnen bajo sus ventanas, suplicando su bendición por medio de aclamaciones llenas de sentimientos los mas vivos.

«No sale una sola vez de su palacio, sin que el pueblo le siga, gritando con el mayor entusiasmo: ¡Viva nuestro buen Papa Pío IX! ¡Viva el padre del pueblo! Otras veces le llaman *el hombre de la caridad*.

«Son muchos los que han pretendido el honor de defender al nuevo Pontífice y de hacer la guardia á su sagrada persona.»

En el mes de julio ó agosto de 1846, cuando todavía Pío IX habitaba en el Quirinal, un labrador se presentó á las puertas del palacio y pidió con las mas vivas instancias ver al Papa. Respondiéronle que era imposible; que el Papa no recibía á nadie en aquel momento, y que por lo tanto debía renunciar á su proyecto.

—A pesar de todo, respondió el hombre, yo quiero ver al Papa y hablarle; y si es menester esperarle hasta mañana, pasaré la noche delante de la puerta.

Habiendo sido informado Pío IX de la insistencia de la petición de aquel hombre, ordenó que le dejasen libre la entrada. ¡Cuál no sería la sorpresa del Santo Padre al reconocer en aquel hombre á su hermano de leche! Acogióle amistosamente, y después de haberle pedido noticias acerca de su madre, nodriza del Papa, creyendo que la necesidad sería la causa de su visita, le preguntó sobre ello.

—Santo Padre, dijo el aldeano, á mí no me falta nada: he venido tan solamente por el placer de veros, y para velar por los días de Vuestra Santidad.

—Pero, hijo mío, le replicó sonriendo el Papa, yo tengo suficientes guardias.

—Entonces, replicó el aldeano, dadme algun empleo, pues quiero estar á vuestro servicio, para tener el consuelo de veros.

El Papa le dió un empleo; pero permaneció en él pocos días.

—Yo no puedo veros en el empleo que me habeis dado, fué á decir al Papa; y al mismo tiempo le manifestó sus deseos de trabajar en los jardines.

—Bien: allí al menos, dijo el aldeano, tendré facilidad en veros diariamente.

No hay que decir que el Papa accedió á la demanda de aquel hombre, fundada en el amor que profesaba á su sagrada persona.

Tan dulce y misericordioso para perdonar, para amparar y proteger como hemos visto es Pío IX, es al mismo tiempo severo y firme para defender los intereses de la Iglesia y los derechos de la Santa Sede. Sabe que debe velar en el tabernáculo del Señor, y cumple este su ministerio con la mayor exactitud. Es, pues, de admirar como se hallan unidas en él estas dos hermosas cualidades, el vigor y la dulzura. Un obispo francés que habia estado en Roma, al

(1) Mr. L'abbé V. Dumax: *Récit anecdotique sur PÍE IX.*

Índice de los capítulos en los volúmenes de la obra

Capítulo I - Descripción del punto de partida...
Capítulo II - Descripción del punto de partida...
Capítulo III - Descripción del punto de partida...
Capítulo IV - Descripción del punto de partida...
Capítulo V - Descripción del punto de partida...

Capítulo VI - Descripción del punto de partida...
Capítulo VII - Descripción del punto de partida...
Capítulo VIII - Descripción del punto de partida...
Capítulo IX - Descripción del punto de partida...
Capítulo X - Descripción del punto de partida...

Capítulo XI - Descripción del punto de partida...
Capítulo XII - Descripción del punto de partida...
Capítulo XIII - Descripción del punto de partida...
Capítulo XIV - Descripción del punto de partida...
Capítulo XV - Descripción del punto de partida...

Índice

Índice de los capítulos en los volúmenes de la obra...
Índice de los capítulos en los volúmenes de la obra...
Índice de los capítulos en los volúmenes de la obra...

Titulos de los capitulos contenidos en las entregas que van publicadas de la presente obra.

PRÓLOGO.

CAPÍTULO I.— Situacion del mundo al nacer Pio IX.

CAP. II.— Patria, familia y nacimiento de Pio IX.

CAP. III.— Relaciones del niño Juan Maria Mastai con el sumo pontifice Pio VI.

CAP. IV.— Pio VII.— Relaciones del joven Mastai Ferretti con aquel Pontifice.

CAP. V.— Leon XII.— Relaciones del abate Mastai con aquel Pontifice.— Su elevacion al episcopado de Espoleto.

CAP. VI.— Pontificado de Pio VIII.

CAP. VII.— Gregorio XVI.— Relaciones del arzobispo de Espoleto con aquel Pontifice.— Su traslacion á la silla de Imola y elevacion al cardenalato.

CAP. VIII.— Eleccion del sumo pontifice Pio IX.

CAP. IX.— Situacion del mundo á la elevacion de Pio IX al pontificado.

CAP. X.— Principios del pontificado de Pio IX.

CAP. XI.— Un sermón predicado por Pio IX.— Hechos diversos y sábias disposiciones de este Pontifice.

CAP. XII.— Celo extraordinario de Pio IX en favor de la Iglesia universal.

CAP. XIII.— Pio IX y los Jesuitas.

CAP. XIV.— Diversas anécdotas sobre la caridad de Pio IX para con los desvalidos.

Láminas publicadas.

PORTADA.— *Noli timere periculum; lignum te portat quod continet sæculum.* (AUG. ENAR. IN PSALM. CIII). No temas el peligro, la nave que te lleva sostiene y refrena el mundo.

Sinigaglia, patria de Pio IX.

El niño Mastai orando con su madre por Pio VI.

El presbítero Ferretti despidiéndose de los pobres del hospicio de *Tata Giovanni*.

El joven Mastai Ferretti pide consejo á Pio VII sobre su vocacion.

El piloto Bako salva la embarcacion en que iba Mons. Mastai Ferretti.

Láminas que van á publicarse.

Mons. Mastai, obispo de Imola, careciendo de dinero, entrega un par de ricos candelabros de plata, para sacar de apuros á un comerciante comprometido.

Mons. Mastai, arzobispo de Espoleto, se presenta al general austriaco imploran-

do perdón para los insurrectos italianos refugiados en su ciudad.

Una paloma blanca se posa sobre el coche del cardenal Mastai al dirigirse al conclave.

Anuncio al pueblo de la eleccion de Pio IX desde uno de los balcones del Quirinal.

Anuncio.

**Consideraciones sobre el pontificado católico, y conceptos apolo-
géticos de Pio IX, sacadas de los discursos que en las parroquias de Santa Ma-
ría del Mar, Santa María del Pino, San Pedro y San José de Barcelona, y en las de San
Pedro de Reus y San Félix de Sabadell, pronunció en las solemnes fiestas celebradas con
motivo del vigésimoquinto aniversario de la eleccion del actual Pontifice, el presbítero don
Eduardo María Vilarrasa, Cura párroco de la Purísima Concepcion y Asuncion de Nues-
tra Señora de la citada ciudad de Barcelona.**

Este opúsculo, que se publicó en el número 12 de la *Revista católica*, se ha impreso por separado para atender á los deseos de poseerlo manifestados por varias personas no suscritas á dicho periódico: se divide en siete párrafos, en el primero de los cuales el autor se propuso manifestar el espectáculo que ofrece hoy el mundo religioso, y los fines providenciales de Dios al permitirlo. En el segundo trata de la importancia y elevacion de las cuestiones católicas, y del carácter católico de la cuestion pontificia. En el tercero prueba que el Pontificado es la obra maestra del Verbo redentor. En el cuarto se demuestra la perpetuidad de Pedro en la historia del Pontificado. En el quinto se describe lo que es el Pontificado y la sociedad contemporánea. En el sexto se indican los temores y las esperanzas que deben abrigar los católicos en las circunstancias actuales, y en el séptimo se patentiza que las virtudes y carácter de Pio IX son motivo de esperanza y de consuelo para los hijos de la Iglesia.—Un cuaderno en 8.º mayor. Véndese en la imprenta de Riera al precio de 1 y 1/2 rs. ejemplar.